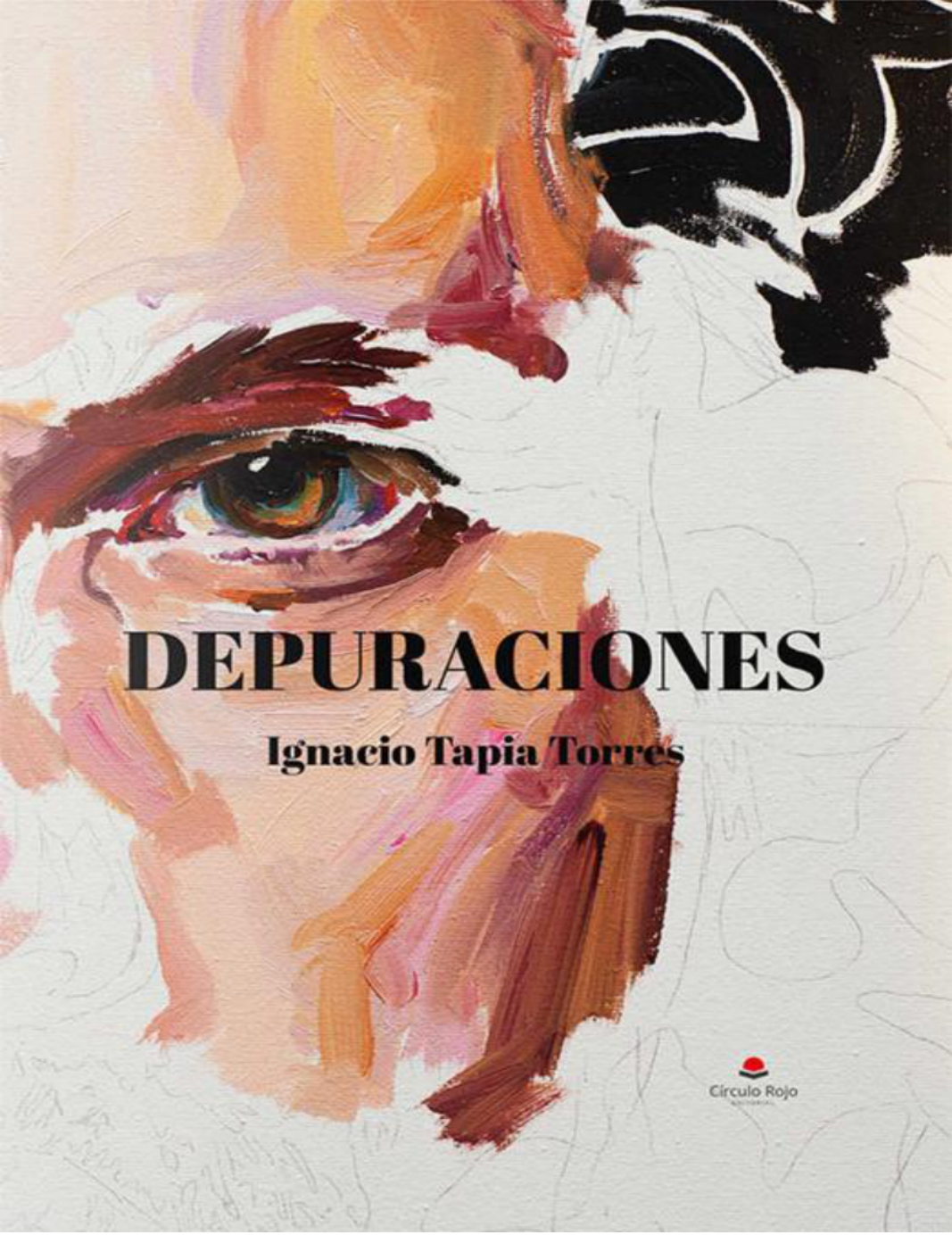

DEPURACIONES

Ignacio Tapia Torres

Círculo Rojo

Depuraciones

Ignacio Tapia Torres

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: diciembre 2023

ISBN: 978-84-1199-971-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ignacio Tapia Torres
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Quiebre

Despertó de pronto e inició su lucha, con ímpetu y sin preámbulos, contra la corriente, provocando la reacción de la marea, la cual no tardaría en movilizar la piel, la carne y el pensamiento. Despertó y no encontré herramientas para inducirla al sueño una vez más. El quiebre ya se había producido, el cambio comenzaba a gestarse. Su osadía llamaba a la embriaguez de la idea, a la distorsión de una razón que antes parecía ser llave maestra y ahora actuaba tan solo como un obstáculo. Despertó la emoción, movilizó la sangre y la tierra se abrió en consecuencia, desnudando su verdad, y con ella la mía.

La palabra se desintegra y la razón, resignada, calla y otorga.

Encadenado

Soy pintor desde que terminé la Secundaria. Ya han pasado quince años de aquello. De niño soñaba con ser locutor de radio, pero mi padre me hizo ver que esa no era más que una idea absurda.

Ser pintor es el oficio de la familia: mi abuelo lo hizo toda su vida y así también se lo inculcó a mi padre. Disfruto de hacerlo, es un trabajo que me brinda mucha paz; el trabajo no abunda pero alcanza. Jamás me faltó la comida, esto es algo que siempre le agradecí a mi padre, a fin de cuentas, él fue quien me dio la posibilidad de tener un empleo apenas terminé la Secundaria. Allí fue cuando pasé a formar parte de su empresa formalmente, pero para ese entonces ya no era ningún principiante. Desde niño pintaba con él, asistiéndolo en trabajos menores, como había sido pintar nuestra casa y la de mi tío, entre otras pequeñas changas que me concedía mientras crecía.

Las horas de trabajo no me significan ningún sacrificio, es algo natural para mí, casi como comer o ducharme. Además, la radio siempre me acompaña y con ella mi mente se transporta con facilidad a rincones sosegados de mi imaginación. Aquellos sí eran dichosos realmente, los locutores de radio, me refiero, trabajar desde la comodidad de un estudio, hablándoles a miles de personas, todas ellas escuchándote y admirándote. ¡Y las mujeres!, de seguro todos ellos tenían cientos de ellas. Cuando uno es una celebridad, todo se hace más sencillo. Yo, por el contrario, no lo tengo tan fácil. Trabajamos en general desde que sale el sol hasta que este se pone, y la paga (si bien es suficiente para vivir) no deja demasiado margen para salir a comer a un lindo restaurante o invitar a alguien a salir. Mi padre siempre cobró poco por nuestro trabajo, era necesario, según él, la única forma que teníamos de competir con las grandes firmas.

Tengo ya treinta y tres años y aún vivo con mis padres. Mi madre está algo enferma y me necesitan cerca para cuidarla, para mi padre es demasiado trabajo y no tenemos dinero como para contratar a una cuidadora. Está bien, igualmente, no sabría qué hacer viviendo solo, a decir verdad. Por las noches, al dormir, me acuesto imaginando que tengo un micrófono delante, y que mis seguidores me envían mensajes pidiendo mi opinión sobre todo tipo de cuestiones. No suelo hablar demasiado, pero tengo ideas realmente buenas. Lamentablemente, no conocí a tantos que quisieran conocerlas. Hasta hace algún tiempo, intentaba compartirlas con mis padres, de adolescente más que nada, pero a ellos no les interesaban, sino todo lo contrario. Mi voz les arrebata la paz, así me asegura mi madre desde que tengo uso de razón, y es que no soy demasiado inteligente y, aparentemente, todo lo que digo es una completa estupidez.

El día de mañana comenzaremos un trabajo importante, que demandará algunos meses, lo cual genera cierta tranquilidad desde lo económico. Seremos los encargados de pintar toda la fachada de un

edificio de nueve pisos de alto. Hasta ahora no habíamos tenido la oportunidad de contar con un trabajo de tal magnitud y, creo que por primera vez, podremos cobrar algo más que tan solo lo «justo y necesario».

***

Al llegar, nos topamos con un lindo edificio, pintado de un rosa salmón ya desgastado por los años. Lo pintaríamos de blanco, color elegido previamente por los vecinos que lo habitaban. Comenzamos con los preparativos y con todo lo que era parte del trabajo habitual, sin demasiados sobresaltos. Mi padre siempre me consideró algo tonto, pero aún él sabía bien que, en cuanto a la pintura, no tenía de qué preocuparse conmigo, si algo se me da bien en esta vida es pintar. Colocamos el andamio sostenido desde la terraza, el cual utilizaríamos para desplazarnos a lo alto y a lo ancho del edificio. Como siempre, la radio encendida a nuestro lado, y mi mente trasladada a aquel estudio de radio, mientras mi cuerpo iniciaba el piloto automático (ya conocía de memoria lo que se debía hacer, no había necesidad siquiera de meditar sobre mis movimientos después de tantos años). El movimiento del rodillo me calmaba, lo monótono del trabajo siempre me despertó un sentimiento de paz muy agradable que jamás conseguí encontrar en ningún otro sitio, lo podría hacer las veinticuatro horas del día sin ningún problema. Allí, en esos momentos, mi existencia tenía algo de sentido. Es en los momentos de aburrimiento donde la vida se hace algo más pesada, en los que abunda el espacio para la reflexión.

La primera semana transcurrió como cualquier otra. Al inicio de la segunda, sin embargo, llegamos a la altura del cuarto piso. Quedamos suspendidos a la altura de un departamento con un gran balcón, y grandes ventanales. Dentro de la vivienda, una mujer completamente desnuda recién salida de la ducha se terminaba de secar el pelo con una toalla verde. Aquella hermosa visión duró tan solo un par de segundos, hasta que ella abrió sus ojos y me descubrió observándola de pie desde el andamio con la cara congelada. Al verme, pegó un

grito que casi me hace caer de la estructura, y luego de taparse, utilizó todas las posibilidades que ofrece el lenguaje para insultarme. No tuve chance de explicarle que se había tratado de un simple accidente, inmediatamente después de terminar con sus insultos, bajó las persianas sin volver a dirigirse a mí, sin hacer caso a mis gestos que intentaban entregar alguna explicación para quitarle algo de incomodidad a la escena.

No pude concentrarme el resto del día, no conseguí volver a instalarme dentro de aquel estudio de radio donde tan cómodo me sentí siempre, aquel refugio contra el estrés, las preocupaciones y las frustraciones que tan fácilmente me encuentran en la realidad. En mi mente se repetía la imagen de aquella mujer desnuda una y otra vez, pero aquella imagen no me brindaba placer, sino un malestar que ganaba terreno con el transcurso de las horas. Aquella imagen despertaba culpa e impedía la fantasía que tanto me sabía cuidar al llegar la noche. Al apoyar la nuca en la almohada, ya no logré visualizar el micrófono, tampoco a la audiencia que fanatizada pedía por mi voz; detrás de mis párpados tan solo encontraba los ojos llenos de reproche de la mujer que sorprendida me juzgaba.

***

Las mañanas posteriores a aquel incidente acarreaban algo de lo que había dejado la noche anterior: el desasosiego. Jamás había aparejado la idea del estrés con la del trabajo, pero ahora el tener que ir a aquel edificio me despertaba una ansiedad insoportable, y esto tenía sus consecuencias: ya no descansaba bien, el desayuno me sentaba mal, estaba más distraído que de costumbre y con menos energía. El camino hacía el trabajo era intolerable, imaginaba cualquier cantidad de escenas confusas vinculadas a aquella mujer. Suponía el impacto que había causado en ella mi intrusión, la imaginaba avergonzada, ultrajada, insegura en su propia casa y todo por mi descuido. La culpa era lo que corría por mis venas, y ella era la causante de mis síntomas. Esta mujer había ocupado un lugar central entre mis pensamientos, lo invadía todo, y su imagen no solo despertaba una sensación de extrañez que me desconcertaba y me llevaba a un lugar el cual me humillaba, sino que también sentía la necesidad de saber más sobre ella, el menester de conocerla más en profundidad. El instante previo de ser descubierto y castigado por la crudeza de su mirada había sido de dicha, su cuerpo me había encandilado, había quitado el polvo acumulado sobre mi piel como un soplido de aire cálido, había conseguido romper con el caparazón que mi quietud me había concedido. La ansiedad que me significó ella era incómoda, pero a la vez estimulante. Mi corazón jamás había palpitado de aquella manera; mi piel no había conocido previamente los escalofríos que se deslizaban por ella cada vez que la invocaba a mis pensamientos. El ruido tapa las voces que susurran verdades dolorosas; el ruido incomoda e irrita, pero cumple una función vital para quien se siente débil.

Pasada una semana del incidente, abandoné momentáneamente mi

puesto de trabajo para ir a fumar un cigarrillo a la calle, a unos cuantos pasos del portal del edificio. Cuando comenzaba a encender mi segundo cigarrillo, la vi salir del edificio. Aunque ella no advirtió mi presencia, yo la identifiqué de forma inmediata. Llevaba su pelo oscuro suelto, ondulado, un gran sombrero negro, una camisa blanca con los primeros botones desabrochados, un sobretodo rojo opaco, un jean ajustado, unas botas negras y grandes anteojos oscuros. Parecía apurada, salió disparada del edificio sosteniendo su celular contra su oreja izquierda, y se sumergió dentro de una camioneta blanca estacionada a mitad de la calle.

Al ver la camioneta alejarse a lo largo de la calle y luego desaparecer al doblar en la esquina hacia la derecha, me quedé inmovilizado mirando hacia aquella dirección algunos segundos. Cuando logré volver a mí, le ordené a mi cuerpo que, sin perder un segundo más, corriera hacia la parte trasera del edificio, allí donde daban los balcones de las viviendas, allí donde el andamio descansaba en tierra esperando por mi vuelta. No conseguí ni un segundo de calma como para detenerme a reflexionar acerca de lo que estaba haciendo, mi razón había sido maniatada por las emociones que me movían hacía ya unos cuantos días. El andamio se detuvo en el cuarto piso. Las puertas corredizas de vidrio no ocultaban ni una sombra del pequeño departamento, todo lo contrario, parecían invitarme a entrar. Salté del andamio al balcón e intenté deslizar uno de aquellos ventanales. No estaban cerrados, se deslizaban hacia la derecha con una suavidad casi elegante. No estaba sorprendido, en mi mente no había ninguna posibilidad de que mi entrada a su departamento podría haberse visto frustrada. Su hogar olía bien, las cenizas sobre la mesa sugerían que hasta hace muy poco, un sahumerio había sido encendido. Una vez dentro, sentí una calma infinita, caminé hacia la cocina como si el departamento fuese mi hogar de toda la vida, sin procurar movimientos delicados, sin esconderme, sin tomar ninguna precaución, porque nada en mi cuerpo me advertía de que aquello fuese necesario. Dentro de la heladera no quedaba mucho: mermelada, yogur, alguna que otra verdura y una botella de leche. A esta última le di un buen trago y, junto con mi respiración, mis hombros se relajaron. Allí estaba a salvo, aquel lugar se convertía por momentos en aquel estudio de radio donde todo estaba donde debía estar.

Sobre la mesada de la cocina había un pequeño frasco de vidrio con distintos tipos de té, entonces puse la pava y me volví a la sala para sentarme sobre el sillón y esperar que el agua estuviera lista. Creo que jamás había respirado antes de aquel día, no con la intención de hacerlo: mis pulmones se inflaron atrapando todo el oxígeno que les era posible, disfrutando cada inhalación, cada exhalación, cada segundo en aquel lugar. Estaba en casa finalmente. Un santuario vacío

de reproches, un lugar donde podía caminar sin cuidados, donde no había necesidad de esconder, de aparentar; un pequeño espacio donde ser libre. Luego de beber el té, lavé la taza, acomodé los almohadones del sillón y volví a posicionarme sobre el andamio para continuar con mi trabajo. No escuché la radio por el resto del día, mi mente estaba en paz, mis ojos al cerrarse ya no proyectaban aquel estudio de radio, sino la vista que tenía al estar sentado dentro de aquel departamento, el olor a sahumerio, el sabor del té negro, la tranquilidad que acariciaba el oxígeno que habitaba allí.

El resto del día transcurrió de manera apacible, casi como deslizándose hacia la luna y el frío, dulcemente, como el ventanal que me invitaba una y otra vez en mi memoria a formar parte de aquel mundo. Y la luna llegó y me escoltó hacia mi cama, y ya no necesité audiencia que me aplaudiera, mujeres que me amaran ni fama que proteja un confort imaginario. Tan solo cerré los ojos y dormí, finalmente dormí como lo cuentan los demás, con la aptitud del tipo que sabe que todo irá bien y que solo le resta esperar para que sus sueños se materialicen.

Pero al llegar la mañana, algo de aquel sentimiento parecía haberse evaporado como el efecto de una droga que tras algunas horas se diluye, dejando al cuerpo sediento. Aquella paz que había sacudido mis entrañas parecía escurrirse por entre mis dedos y la ansiedad volvía a despertar. Entonces, al volver al trabajo repetí los mismos movimientos que el día anterior, entre ellos, salir a fumar mi cigarrillo a un costado de la entrada del edificio, exactamente a la misma hora, esperando que ella volviera a salir como lo había hecho el día anterior, con su sombrero, con sus botas y su perfume. Sería solo un segundo, una última vez, nadie lo notaría. Como un efecto rebote, desde el momento en que salí de aquel departamento, mis pulmones habían disminuido su capacidad de atrapar oxígeno, ahora me costaba respirar. Una vez allí dentro, volvería a sentirme bien. Sus movimientos, así como los míos, fueron idénticos a la vez pasada, tal como yo lo esperaba, y, entonces, me apresuré hacia su departamento en el instante en que se perdió con su auto al doblar en la esquina. Los ventanales estaban abiertos, el frasco con los saquitos de té en el mismo lugar, las cenizas de sahumerio imitando la posición de hace veinticuatro horas, y entonces comencé a respirar. Mis pulmones recuperaban su tamaño, mis fosas nasales se expandían, mi ritmo cardíaco se serenaba y mis músculos se relajaban como hacía tiempo no lo hacían.

¿De eso se trataría la dicha?

***

El monoambiente estaba dividido por un muro de cristal que separaba el espacio entre la sala y la habitación. Al pie de la cama estaba el armario y, dentro de él, cualquier cantidad de ropa. Todos sus vestidos parecían perfumados, suaves, todo lo contrario a la ropa que estaba acostumbrado a vestir. Me coloqué uno de sus abrigos y me dejé caer sobre la cama. Allí se estaba bien, la tela del abrigo se sentía como un tierno abrazo que me acompañaba al sueño, el perfume de mujer, la suavidad de la tela y las sábanas ratificaron la caricia. En la relajación, creí haberme quedado dormido por una eternidad, pero se había tratado de tan solo un instante. En aquel efímero momento algo cambió: las raíces de la personalidad, los miedos que la moldeaban, la presión de ser algo que no soy, la certeza de que todo en mí había sido deformado. Fantasías habían cobrado formas y me abrazaban para hacerme saber que algo del amor me pertenecía y siempre lo había hecho, pero la pasividad ante su reclamo me había condenado. La cama se había transformado en una cuna, el abrigo en una delicada manta que me envolvía, el aroma a sahumerio y té se habían combinado para revivir un recuerdo de otra vida, un aroma tan familiar que provocó el llanto, aun estando dormido. Al despertarme, me encontré abrazando la almohada, derrochando lágrimas sin certezas y con la sensación de que si no corría fuera de allí inmediatamente, aquel ventanal se cerraría por siempre, dejándome atrapado dentro, sin posibilidad alguna de renacimientos. En cuestión de segundos, ya estaba fuera del departamento, pero al acostarme aquella noche recordé todo con claridad: la taza de té no había sido lavada, los almohadones del sillón no habían sido acomodados, las sábanas no habían sido arregladas y el abrigo había quedado recostado sobre el piso.

***

Al día siguiente quise repetir la maniobra, pero los ventanales estaban trabados. La urgencia que sentía por estar dentro era mucho mayor a la del día anterior, y la aparente negativa parecía acentuar alguno de los síntomas asociados a la ansiedad. Mis manos temblaban, mis pulsaciones se aceleraban, escalofríos, sudoraciones, hasta mareos. No podía respirar, esta vez mi garganta se había cerrado y no dejaba espacio alguno para que el aire circule. Me sentí completamente desprotegido, sin lugar a donde ir, parado en medio de aquel balcón, sin saber a quién acudir, dónde encontrar refugio o consuelo. De pronto, me convertí en un niño pequeño perdido en un centro comercial, enfrentando una sensación irracional de fatalismos. Por un segundo, pensé en tirarme del balcón, un escape certero a tanta angustia, uno rápido. Terminé por sentarme en un rincón, con las piernas recogidas, sujetándolas con ambos brazos con toda la fuerza que pude conseguir; escondí mi cara entre mis rodillas y solté el llanto una vez más. Era realmente extraño, tantos años habían pasado sin soltar siquiera una lágrima, y de pronto, en los últimos dos días, sin razón aparente, el llanto se mostraba dispuesto a ofrecerme una salida a cada instante de angustia. En él, mi cuerpo perdía peso y hacía más sencilla la manipulación de mi cuerpo.

Pasaron varios minutos hasta que logré bajar mis pulsaciones y recobrar el aliento. Apenas conseguí recomponerme, salté nuevamente sobre el andamio, bajé a tierra y me fui directamente hacia mi casa. Más tarde llegarían los reproches de mi padre por haber dejado el trabajo más temprano de lo habitual, por no haber ayudado con la cena y con los cuidados que mi madre necesitaba. Al fin y al cabo, era mi culpa que ella se encontrase así; «tantos años de infelicidad como consecuencia de un niño que lo había estropeado todo», así lo

explicaban sus propios labios. Me excusé con un fuerte dolor de cabeza después de la cena y me fui a la cama temprano procurando evitar los insultos que intentaron seguirme hasta el colchón. La simple idea de no poder volver a ingresar en aquel departamento me perturbaba, lo sentía como si el mismísimo paraíso se me estuviera negando. No lo merecía después de todo, jamás había hecho nada por nadie, y mucho menos por mi propia persona. Mi condena era aquella, una pequeña degustación y luego tan solo contemplarlo de afuera, desde aquel andamio, a través de aquellos ventanales sin cortinas, experimentando la dicha tan solo por medio del recuerdo. Y, en algún tiempo, cuando el trabajo estuviera finalizado, ni siquiera eso. La eterna despedida de lo que uno sabe con certeza, su salvación.

¡No! ¡No podía ser así! ¿Cuánto tiempo más me sentaría a un costado de la ruta, con ojos de perro abandonado, aceptando pasivamente mi desgracia? ¿Qué sentido tenía tanta tortura? La idea de que Dios me hubiese puesto en esta tierra solo para experimentar cuánta angustia pueda soportar una persona no tenía ningún sentido, algo debía poder hacer que no conseguía advertir.

¿Qué tenía aquel lugar que había logrado cautivarme de tal manera? Esta era una pregunta difícil, pero, a decir verdad, no me importaba en lo más mínimo. Lo que había sentido en aquel monoambiente no lo había sentido jamás, me significaba haber encontrado aquello que tanto se anhela, mi estudio de radio, podríamos decir; por supuesto que no se trataba de la respuesta explícita del destino que todos esperan, pero la fuerza con la que latía mi corazón sin dudas era un presagio. Un anhelo del cual jamás había sido siquiera consciente. Pero ahora sí lo era, desde mi primera intrusión había despertado. De pronto, me era claro que había dejado correr toda mi vida estando dormido, ausente, como una simple presencia que hace de testigo a los acontecimientos que se le van presentando, pero nada más que eso, una sombra. Escondido en mis fantasías, secándome las lágrimas secas con la admiración de un público ficticio; inventándome un amor que en mi realidad me había sido esquivo toda una vida. Patético por donde se lo mire.

El ventanal debía romperlo, no había otra opción. A aquella mujer, dueña de una porción del paraíso, debía sorprenderla al llegar a casa, era lo más sencillo. Al cuerpo me lo llevaría conmigo durante la madrugada y lo enterraría en el terreno baldío que está a unas cuadras de mi casa, era lo lógico. Reemplacé el cristal y adopté aquel lugar como propio. Al terminar de trabajar me duchaba y me vestía con la ropa de la antigua dueña que aún conservaba ese perfume que inducía al sueño. El roce de la tela con mi piel materializaba caricias de fantasía; la suavidad y el aroma dormían los nervios y llenaban mis pulmones con una dulce sensación de bienestar. Había reencarnado,

trocado la muerte por la vida, porque eso había sido mi vida hasta el momento, no más que una muerte prolongada.

Ya no dormía en lo de mis padres, y ante las preguntas de estos respondía que había empezado a verme con una mujer y que dormía en su departamento. La sorpresa en sus ojos era una victoria para mí, no importaba que se tratase de una historia ficticia, aquella fantasía comenzaba a tener efectos reales y los químicos de mi cuerpo respondían a ella también: me notaba con más energía, más entusiasta. Intentaron someterme a través de la culpa como lo habían hecho siempre, pero no había caso, ya no era el mismo. Los dolores de mi madre y las protestas por parte de mi padre no eran más que un murmullo de fondo para mis oídos, no tenían ninguna importancia.

***

Todo marchaba bien, hasta que una de aquellas noches —luego de haber transcurrido un lapso de dos semanas viviendo en aquel sitio— advertí sonidos un tanto inquietantes bajo la cama. Un lento goteo se perpetuaba, en la ya tarde-noche, que no me permitía reconciliarme con el sueño. El dormitorio del apartamento era diminuto, la cama chocaba contra las dos paredes, y el armario empotrado en la pared al pie de la cama tampoco permitía moverla en aquella dirección. Era claro a simple vista que mover la cama no era una opción. Me decidí entonces por recostarme sobre el suelo, arrastrarme hasta debajo del colchón y, allí, encender la linterna de mi celular para dilucidar de dónde provenía aquel goteo sin un sentido aparente. Justo a la altura del centro de la cama descubrí una pequeña manija, y al observar mejor su entorno, pude ver que aquella manija correspondía a algo así como una tapa de alcantarilla, una escotilla, o algo por el estilo, no se conseguía apreciar con la claridad que me hubiese gustado. Debido a la posición de mi cuerpo, y al poco espacio con el que contaba, me resultó extremadamente incómodo removerla, pero, aun así, luego de algunos esfuerzos, lo conseguí. Al acercar mi linterna al hueco fosco, descubrí una escalera formada por pequeños escalones de hierro clavados a una pared de piedras que parecía formar un túnel que descendía más allá de lo que llegaba mi mirada. No alcancé a identificar el final de este, pero, al asomarme, sentí un aire caliente y húmedo trepar hasta la superficie: el goteo debía de tener su origen en la condensación de aquel vapor. Volví a cerrar la puerta de inmediato y me escondí entre las sábanas. Aquel aire cálido había disipado por un instante todas aquellas sensaciones que habían alimentado mi espíritu, como si el departamento se tratase de un sueño y aquel túnel clandestino de la salida del mismo. Si me hubiese sido posible, no me

habría acercado nunca más a aquel sitio, pero en toda ruta hay algún bache, y cuando uno abre los ojos y espía algo de la realidad, se hace realmente difícil volver a creer en la ilusión.

Una vez abierta la escotilla, nada volvió a ser lo mismo. Aquellas gotas, consecuencia del vapor incesante, se habían convertido en un obstáculo para mi serenidad imposible de sortear, y el calor que se escapaba de la abertura secuestró de manera permanente la frescura del lugar. La ropa en el armario había perdido su perfume de mujer, al igual que las sábanas; el té ya no sabía igual y los sahumerios ahora me producían náuseas. La humedad del lugar comenzaba a corroer las paredes y los espacios se sentían más estrechos.

Al terminar de trabajar, unos días después de aquel incidente, me encontré con el departamento envuelto en una gran nube de vapor. No bastaba con abrir las puertas y las ventanas para limpiar el aire, aquella nube no se iba a ninguna parte, estaba aferrada al departamento. Y el olor, Dios mío. Jamás podré olvidar aquel olor. No sabría describirlo, pero sí la sensación que despertó en mí. Sentí que me derrumbaba, que una vez más algo o alguien me expulsaba del paraíso. Me dejé caer sobre el suelo, y arrastrándome con los codos, alcancé a ubicarme por debajo del colchón una vez más y allí la culpable: la escotilla estaba abierta. Lo primero que intenté hacer fue cerrarla, pero la tapa parecía estar pegada al piso, me era imposible de mover. El vapor encontró su camino a través de mi nariz, de mi boca y de mi piel. La cama me aplastaba y el mundo se me venía encima.

Por algunos segundos, mis pensamientos parecieron apagarse y mi cuerpo comenzó a moverse de manera involuntaria. Me acerqué a aquel túnel que descendía más allá de la oscuridad, y comencé a bajar aferrándome a los hierros incrustados en la piedra utilizando la poca fuerza que aún habitaba en mi cuerpo. El vapor ya no era un problema, el silencio se había adueñado del aire y despertaba en mí una incómoda tensión. Finalmente toqué tierra, luego de algunos minutos el descenso había terminado. Mi mirada se había adecuado tímidamente a la oscuridad, y alcancé a distinguir hacia qué dirección debía caminar.

Me predispuse a avanzar con cuidado hasta que tropecé con algo, una silueta que me costaba identificar con precisión. Permanecí inmóvil por algunos instantes, sin terminar de entender cómo debía reaccionar. Fue entonces que de aquella silueta comenzó a desprenderse un llanto débil, cansado. Poco a poco, la imagen se hizo más clara, y logré advertir que aquella silueta era la de una mujer. Estaba sentada en el piso, abrazando sus piernas, con la cara escondida entre sus rodillas y su largo pelo cayendo a lo largo de sus pantorrillas. Me agaché junto a ella y, buscando consolarla, apoyé mi palma en su hombro derecho. Su llanto persistía, sin la más mínima

reacción a mi presencia. Decidí sentarme a su lado, esperar a que se calmase y, entonces, ofrecerle mi ayuda, si acaso hubiera algo que pudiera hacer por ella; al menos ayudarla a salir de allí, tal vez. Buscando tranquilizarla, llevé mi mano a su cabeza y, con ternura, comencé a acariciar su pelo —mis maestras de la Primaria solían repetir este gesto conmigo—. La textura era extraña, como si algo estuviese cubriendo su pelo. Tierra. Estaba cubierta de tierra. No había podido reconocerla sin su sombrero, sin sus botas, sin su frescura y elegancia. Me levanté inmediatamente, con su agónico llanto aún perforando mis oídos y acabando con lo poco que quedaba de mi cordura. Comencé a correr por el largo pasillo entregado a un pánico que no parecía tener intenciones de sosegarse, mientras mi cuerpo, por cada paso que daba, se hacía cada vez más pesado, hasta el punto de no encontrar en mí la energía que demandaba semejante esfuerzo. Me detuve e intenté recobrar el aliento. Uno, dos, tres contaba lentamente los segundos que le dedicaba a cada inhalación, y repetía el ejercicio a la hora de exhalar.

El grito de un hombre con una voz extremadamente familiar me paralizó por completo. Petrificado, busqué con angustia de dónde podría haberse desprendido semejante alarido. Volvió a gritar. A esta altura, mis pies parecían atornillados al piso, pero justo en ese instante, a una distancia considerable, identifiqué a un hombre encadenado contra un muro. Se encontraba de pie, con los dos brazos extendidos hacia los costados. Sus muñecas estaban aprisionadas con barrotes de hierro que se fundían en la piedra; parecía exhausto. Repetí su alarido para que pudiese advertir mi presencia. Los gritos desaforados se sucedían los unos a los otros, pero ninguno de los dos soltamos explicaciones o mensajes claros; los gritos significaban tan solo una descarga, un pedido de auxilio absurdo (ambos estábamos atrapados). No era más que descarga impotente; una que no alcanzaba oídos ajenos, que ni siquiera tenía la suficiente claridad como para brindar consuelos a la persona que los emitía. Los alaridos eran tan solo eso: una descarga estéril. Liberaban energía contenida, sin echar luz a la fuente que, inagotable, continuaba produciéndola.

De pronto, la imagen de aquel hombre pareció acercarse a tan solo unos pasos de distancia. Su rostro era idéntico al mío. Tenía el cuerpo castigado: los labios cortados, los brazos y las piernas flacas, el pelo revuelto. Ya no gritaba, parecía buscar aire, su respiración era agitada y su mirada parecía extraviarse entre la nada misma. Intenté hablarle, pero no había caso, no podía oírme, parecía perdido entre sus pensamientos. Ahora su rostro estaba a centímetros del mío. Sus labios temblaban y algunas palabras débiles se desprendían de ellos.

«El bebé está llorando, mamá, por favor, escúchalo. Él está llorando, te necesita», repetía. En sus ojos se rodaba una película, una

escena que se reiteraba una y otra vez: una cuna, un niño dentro que lloraba desconsolado, tenía hambre, o miedo, o ambas. La madre estaba en otra habitación, miraba la televisión desde un sillón polvoriento. En una mesita de café, una botella y un vaso vacío. El llanto no cesaba y se hacía realmente insoportable. El hombre continuaba repitiendo: «El bebé está llorando, mamá, te necesita».

Detrás de él, nació un llanto que al comienzo fue algo débil, pero que con el correr de los segundos fue recobrando su fuerza. Una cuna, allí el bebé de la película, a unos cuantos pasos, una mujer, ciega y sorda por voluntad propia permanecía inmóvil, haciendo caso omiso a las protestas del niño. Me acerqué a él, esquivando a aquel hombre que no parecía dispuesto a soltar aquella escena. Lo levanté y lo acerqué a mi pecho, «todo irá bien» —le repetí—, «ahora yo estoy aquí y desde ahora es todo lo que importa. Te veo, te escucho, te entiendo». Me uní a su llanto en silencio y la mujer, como así también todo lo que me rodeaba, se esfumó. Un espejo me devolvió una mirada empática. Poco a poco las lágrimas de autocompasión cesaron y el departamento terminó por perder su encanto y su sentido.

Supe de inmediato que era momento de caminar lejos de allí.

Cambios

Es increíble, pero es así como sucede. Las historias escuchadas a lo largo de la experiencia se van convirtiendo en la realidad del día a día a cuenta gotas, con una lentitud casi imperceptible. Sigilosas, entran y se acomodan, tomando formas de verdades irrefutables. Sus camuflajes se adaptan al ritmo de las emociones y a las amenazas nuevas que germinan con cada nuevo día. Es así como logran su supervivencia. Recién cuando han tomado su asiento y te invitan a la reflexión con total naturalidad, concientizas su presencia y entonces las invitas a tomar una copa. Momentos de reflexión, de autocrítica. O tal vez se trate de todo lo contrario, y el cambio no sea paulatino, sino que irrumpe como el relámpago en una caminata diurna. Quizás no estuve distraído, a fin de cuentas, sino que todo cambia de un compás al siguiente.

Una idea, una reflexión pidió la palabra y los comensales no tuvieron más que escuchar cada sílaba que escapó de su boca. Allí un nuevo significado, y entonces el efecto dominó. Una nueva consciencia tropieza con el balde de pintura y lo mancha todo. Un cambio de piel para todo lo alguna vez sentido. Texturas novedosas.

Barajar y dar de nuevo

—Es un procedimiento complicado pero posible —comenzó a explicarme el doctor—. Podemos curarle las heridas, cubrir sus cicatrices, hacer que recupere el sentir y la ingenuidad con la que cuenta un corazón adolescente. Creo posible extirpar la melancolía, si usted así lo desea —continuó.

—Tan solo dígame la fecha de la operación, doctor —respondí sin más vueltas. No me interesaba saber ni la suma de dinero que me costaría ni las posibles complicaciones que podría traer aparejada la cirugía. Esto era algo que necesitaba.

Hace un tiempo, investigando por internet, descubrí que algunos médicos comenzaban a atreverse a realizar este tipo de procedimientos. Algo sin duda novedoso. No consistía en forzar el olvido ni en interrumpir la memoria específicamente (al menos eso me decían). Se trataba de conseguir que ciertas desilusiones que pudieron haberse dado en el pasado no perjudicaran el pensar o el sentir en el presente. Podría, entonces, comenzar a vivir el día a día como si nunca hubiera habido un ayer. Un hoy sin distorsiones, eso fue lo que me prometieron. «Un olvido parcial, podríamos decir», me intentaban explicar los médicos, siempre atentos a utilizar los dedos de sus manos para trazar unas comillas imaginarias en el aire al pronunciar estas palabras. Alcanzar la pérdida de la emoción que acompaña al recuerdo, sin dejar en el olvido el recuerdo en sí. Imágenes mudas, sin esencia. Cómo lograrían separar la emoción del recuerdo no conseguí comprenderlo, más allá de las explicaciones que me ofrecían. No me era importante comprenderlo igualmente, siempre y cuando diera resultado.

El doctor me recomendó tomarme algunas semanas para meditarlo en mayor profundidad antes de someterme a la operación. Me aconsejó escribir acerca de mis sentimientos, explayarme e indagar en los motivos que me llevaban a hacerlo. Me aconsejó que ordenase mis pensamientos para así tener en claro qué objetivos pretendía conseguir. Seguramente, al tratarse de un procedimiento nuevo, no deseaban que mis expectativas sean demasiado elevadas (creo que ni siquiera ellos sabían qué esperarse realmente). Mientras menos se espere de algo o alguien, el fracaso parece ser más difícil de conseguir. Muchas veces esto es lo más importante, atenuar la fuerza del golpe de un posible fracaso, llevarlo a su mínima expresión.

Advertían también que era mejor no esperar grandes resultados para así escaparle a una posible desilusión y, en todo caso, sorprenderse de forma grata, si el resultado era extremadamente positivo. Un paciente insatisfecho jamás es algo deseable, aún menos en procedimientos de vanguardia (me vi algo forzado a firmar algunos papeles que no leí realmente). Podría ser también una recomendación por motivos relacionados a una preocupación genuina con respecto a

mi salud emocional (aún hoy intento reservar un pequeño rincón en mis pensamientos para algo de lo que podría llamar «esperanza»). Por otro lado, y más importante aún según mi médico, el motivo de esta «escritura terapéutica» era por si algún día decidía mirar hacia atrás y recordar un poco cómo solía ser. «Una vez que se interviene el corazón, este nunca podrá volver a ser el mismo», repitieron en varias oportunidades.

Era un procedimiento nuevo, sin demasiados antecedentes. Una de sus preocupaciones era la posibilidad de que, con el tiempo, el paciente se sintiera extraño, quizás algo perdido por el hecho de recordar sin sentir, y que esto lo llevase a la angustia. No comprendía realmente cuál podría ser el problema después de todo, si quería llevar a cabo la cirugía, era justamente porque anestesiar el sentir era lo que más anhelaba, pero bueno, es cierto que la inconstancia es una característica que parece nunca faltar en las personas. La emoción, y la forma de sentir, la interpretación que le damos a esa emoción muchas veces nos identifica, pasa a convertirse en parte de nuestra personalidad. Alejarse de este proceso quizás puede acarrear algún conflicto en la identificación con uno mismo. No terminar de reconocerse en el espejo, podríamos decir, simbólicamente hablando. Igualmente, estas reflexiones eran un tanto abstractas para mi forma de entenderlo, podía comprenderlas de una manera lógica, pero me era difícil hacerlas carne.

Deseaba enamorarme sin miedos, sin prejuicios, sin importar las consecuencias, como cuando era adolescente. El amor adulto no es de mi agrado, no suele encontrarse en un estado puro llegado a esta etapa. Carece de esa ilusión de infinidad que bordea lo absurdo. Deseaba aquel amor que no conoce de la posibilidad del fracaso, que no conoce de la mortalidad del sentir. El que tan solo conoce la entrega total, el que no se alía jamás con el concepto del tiempo y sus ambigüedades; la sensación de unicidad, la fantasía de que jamás nadie habría tenido la suerte de vivir algo como aquello que tienes entre tus brazos. Extraño tanta ingenuidad. La vida nos la va quitando. La reemplaza por la cautela, por un amor medido, precavido, uno que sabe que en cualquier momento puede venir el golpe de nocaut. Deseaba ser capaz de escuchar canciones sin tener cientos de imágenes revoloteando en mi cabeza. Fotografías mentales de distintos amoríos, un sinfín de escenas, que tan solo me recordaban cuántas veces había estado equivocado.

El recordar tiene sus momentos agradables, no lo voy a negar, pero también engloba tantos otros en los que lo hace todo un tanto más complejo. Me habría gustado conseguir viajar algo más liviano sin necesidad de llegar a esto. Lo conseguí tan solo con la ropa que llevaba en mi valija, pero no con el equipaje que arrastraba en la

cabeza. No encontré por mi cuenta la forma de hacerlo, y hacía de mis pasos un andar algo denso.

En los últimos años no conseguí volver a enamorarme. Al menos no de la manera en que lo pretendía. No se trataba de no haber conocido mujeres, el problema era otro. Tuve la suerte de conocer grandes mujeres que se entregaban a mí de una manera incondicional, brindándose como recompensa de vaya uno a saber qué. Siempre las traté bien y siempre les brindé lo mejor que encontraba en mí. Por momentos suficiente, por momentos quizás no, esto ya dependía de la naturaleza de cada alianza. La cuestión era que siempre algo de mí permanecía atado, encadenado a un poste que decidió fijarse donde fue lastimado por última vez. Podía dar más, mucho más, pero al momento de hacerlo escapaba, huía como quien entiende que tan solo tiene unos pocos minutos para escapar de una inevitable muerte. El miedo lo comía todo.

No concebía imaginar un proyecto a largo plazo con ninguna de ellas, no me lo permitía. Las historias no podían durar más que unos meses. Existía un caparazón, una gran coraza que permití crecer en mi pecho, de la cual, luego, jamás pude deshacerme. Aquí es donde creía que la operación podría facilitarme el trabajo. Imaginé que el frío del bisturí conseguiría romperlo de una vez por todas, para otorgarle a mi corazón la libertad de correr exultante por las calles de la ciudad de Buenos Aires de la misma forma que lo hacía antes, cuando adolescente. Dejarlo correr enceguecido una vez más, otorgarle la posibilidad de ilusionarse con un hueso el cual pueda enterrar y hacer suyo por siempre. Volver a tener en mi vocabulario un «para siempre».

—Vamos, doc, comencemos de una vez, estoy listo —dije, ya recostado en la camilla.

Recuerdo los momentos de la cirugía, como así los de un sueño, refugiado en mi cabeza mientras el doctor hacía lo que debía. En aquellas horas, advertí la voz de una mujer que dejaba escapar palabras de su boca de manera tenue. No sabría decir a quién pertenecía. Cantaba una canción dulce, con una gran carga de tristeza, que decía algo así:

¿Dónde escapas hoy?
Dulce y tranquilo, te entregas al furor,
luces a gusto en tu jardín y entre rosas buscas caminar
pero esto no es verdad y este no sos vos,
piénsalo una vez más, te haremos falta.
La fantasía de un caparazón, una huida para el cierre del telón.
Sueltas tu rabia al llorar,
todos te miran y lloran con vos.
¿No hay acaso nada más? ¿Dónde buscas ir?

Un deseo, un temor,
allí vivirás, tan solo vos...

Fue una despedida a mil fantasmas. Les soltaba la mano a ellos, así como ellos me la soltaban a mí. Suena a reproche, lo sé, pero siempre hay algo de eso en las despedidas.

Estuve dormido siete días, los doctores dijeron que era algo normal, pero no me sentía normal. La sensación era extraña, aún seguía algo desorientado, como cuando despiertas de un sueño y te sientes perdido, algo vacío, sin poder dar una buena explicación al porqué de lo que ocurre a tu alrededor.

Con el correr de los días fui recuperando la fuerza y me fui sintiendo mejor, no fue algo de un día para el otro, claro está. Llegué a pensar que había cometido un grave error, pero ya había pasado un mes y comenzaba a sentir un renacer, algo de lo que buscaba con todo eso. Estuvo bien después de todo.

Me despertaba curiosidad volver a ver viejas fotos de distintos amores, escuchar sus canciones, repasar nuestros viajes. Se trataba de pura curiosidad simplemente, algo de morbo, tal vez. ¿Qué podría sentir? Era la gran duda que daba vueltas por mi cabeza. No lo hice, parecía absurdo intentar autoboicotear el proceso de tal manera, mejor que la cabeza acompañe el tratamiento. Después de todo, ¿para qué jugarse en contra?

En los días siguientes me vi con una mujer con la que solía frecuentar, nada serio, buenos amigos, buenos compañeros. Jamás tuve momentos tan confusos con ella como esos primeros encuentros posoperación. Cada roce de su mano, cada beso que me concedía, cada mordida efectuada se grababa en mí a fuerza de mito, de leyenda. Si no sabría del contexto que nos rodeaba, podría haber jurado estar enamorándome nuevamente. No se trataba de eso, tenía perfecto sentido que las primeras experiencias fueran de esta naturaleza, por demás intensas; y más allá de que uno de mis objetivos era el de querer sin medidas, tampoco parecía ser demasiado sensato tanto progreso para volver a chocar la cabeza contra la primera pared en el camino. Despacio, tranquilo, cabezón.

Fueron tiempos de poesía para mí, un renacer emocional, una fuga a los tiempos de dramas.

***

Son solo besos y caricias,
solo caricias y besos,
cuerpos y miradas,
gritos y suspiros.
Es entrega, es placer,
es rendirse y es ganar,
son caminos que se recorren
con tus dedos, con tu piel.
Es sendero de emociones,
es caudal de amor en pie.

***

Las palabras cobran gran parte de sus significados por los conceptos e imágenes que tenemos ya previamente de todas ellas; o por los que se aferran a ellas (los que verdaderamente no pertenecen allí, pero saben aprovechar su oportunidad por parentesco, los que le deben su existencia a la experiencia y la interpretación); o, por los que, por accidente, de manera involuntaria o inconsciente, quedaron pegados a ellas. En parte, entonces, había perdido vocabulario, es decir, las palabras estaban allí, pero vacías de sentido. Resignificarlas llevaría su tiempo, llevaría historias. Cariño, amor, rencor, celos, etc. Había tiempo igualmente. La impaciencia siempre supo ser un ángel que cuidó de mí, siempre de cerca. Tan fiel que asusta. Fiel como la certeza de que lo mejor estaría por llegar, de eso al menos intentaba convencerme.

Pasadas unas semanas, me decidí por ir a visitar a una mujer que había conocido unos meses atrás por medio de unas amigas. Más por necesidad de redescubrir algo de lo que había perdido que por un genuino interés, para ser sincero.

Me esperó para cenar, me ofreció una cerveza al llegar y nos pusimos a charlar mientras se hacían los fideos. Ruth era su nombre. Simpática, divertida. Había algo en su rostro que despertaba un sentimiento de esos que se asemejan a los de un abrazo de una persona cercana. Sensaciones cálidas. Algo que tenía que ver con el cariño, quizás.

Terminamos la cerveza y con ella la cena. Luego de ordenar la mesa, pusimos algo de música, abrimos otra cerveza y continuamos la charla sentados, ahora en el sillón. Cada vez que alguno de los dos se levantaba por cualquiera que sea la razón y volvía a acomodarse en su lugar, aprovechaba la oportunidad para ubicarse un poco más cerca

del otro.

Ternura. Comencé a recordar algo de ella. Tiene que ver con la sonrisa que despierta el encuentro entre dos miradas, la necesidad de generar algún mínimo roce entre sus manos y las mías. El impulso que parece cobrar fuerza segundo a segundo, ese que convierte sus labios en incontenible agua de deshielo, pura y fresca, indispensable para la vida. Así fue que su mirada pareció darme el permiso para besarla, y entonces así lo hice. Inmediatamente, como si hubiese estado esperando dicho movimiento, ella se acomodó por encima de mí, se quitó la remera y con una sonrisa me guio hasta su habitación.

El fuego que nacía de ambos incendió el colchón, y en sus ataques no encontraba más que amor. Besó mi mejilla, besó mi oreja y en ella murmuró un «te quiero» innecesario. Aquellas palabras, mezcladas con las llamas y el intenso calor que desprendían, corrieron por mi cabeza, bajaron por mi garganta y chocaron con fuerza contra mi corazón. Tan fuerte que pareció moverlo, dejándolo incómodo, fuera de lugar. Al «te quiero» se le sumaron frases como «quédate conmigo» y «no hay nadie como vos». Imágenes como relámpagos parecían iluminar mi mente en ese entonces en negro. Un par de ojos, oscuridad, un par de labios gruesos y una vez más la oscuridad. De a poco un torbellino de fotos indescifrables parecían alejarme más y más de Ruth, de la cama y de aquel incendio. De un momento a otro el calor se transformó en frío, la ternura en rechazo y la comodidad en pánico.

Tras algunas respiraciones, logré escapar de aquel infierno que me había inventado, volví a Ruth y a su dulzura, le pedí disculpas y le expliqué que necesitaba recostarme un poco. Estaba exhausto. Lo entendió, creyó que me había bajado la presión, por lo que me confesó unas horas más tarde. Aproveché su sospecha y me dejé caer dormido mientras ella acariciaba mi pelo, aún intentaba tranquilizar mi respiración algo agitada.

Al despertar, todavía me encontraba un tanto aturdido, mareado, pero aquel torbellino parecía haber cesado en su intento de aplastarme.

Volví a degustar un poco el sabor del «amor».

***

La gente te olvida y vos las olvidas a ella, es triste, pero es normal y está bien que así sea. No se puede cargar siempre con el ayer, requeriría un esfuerzo sobrehumano. Yo no contaba con ese talento igualmente, pero lo pude conseguir, con ayuda es cierto, pero aquí estoy. Aun así, por las noches, fantasmas sin rostros definidos me observaban al soñar, podía verlos, aunque pretendía no hacerlo. Ellos tan solo observaban mis movimientos. Estaban allí parados, como espectadores de lujo de mis fantasías. Miraban desde un costado y, al percibir su presencia, intentaba alcanzarlos, pero sus rostros se esfumaban, sus figuras se mezclaban con el entorno, como una especie de camuflaje que su naturaleza les otorgaba. No me quedó más alternativa que seguir avanzando sin todas las respuestas que querría haber tenido, al menos tuvo que ser así por un tiempo. En ocasiones intentaban comunicarse, pero no había caso, parecía que hablásemos idiomas diferentes, o que una cortina invisible entre nosotros filtrase el significado de nuestras palabras.

La inocencia en el amor puede ser algo peligrosa, hace a un lado aquellas barreras que nos construimos en base a la experiencia, debía moverme con cuidado.

Ahora entendía que en aquella operación había entregado muchas de mis armas, había regalado mis defensas y ahora me encontraba a merced de un otro (o de mi propia fragilidad). La ilusión estaba intacta, pero comenzaba a nacer en mí un miedo sin argumentos, un miedo que parecía carecer de sentido, pero que, aun así, me hacía de sombra.

La cicatriz de la operación parecía marcarse a fuego por momentos y se hacía difícil no darle importancia. El doctor me decía que no debía preocuparme, que se trataban de síntomas «esperables», que en

algún tiempo se irían, pero ambos sabíamos que no sabía bien de lo que hablaba. Después de todo, creo que ninguno de los doctores tenían demasiada experiencia en aquella área.

«Los fantasmas están allí porque necesitan nuestra ayuda para terminar con algo, algún asunto pendiente», eso opinaba gente cercana, yo jamás estuve muy convencido de aquello. Quizás nosotros necesitemos más su ayuda que ellos la nuestra. A decir verdad, jamás había creído en ellos, pero en ese entonces me costaba ignorarlos. «Están allí para darles una solución a asuntos que ningún procedimiento médico puede resolver», me dijeron por ahí. Comenzaba a entender aquellas palabras, me tocaban de cerca. Pero no entender por qué se llora, no saber con quién se sueña, extrañar rostros que carecen de personalidad, contemplar fotos sin sentimientos (o al menos con alguno claro o justificado), todo esto puede ser aún peor que el recuerdo doloroso. Nadie me había dicho que el proceso iba a ser de aquel modo, creo que nadie lo sabía verdaderamente.

Era momento de parar la pelota y pensar. Pausar la conquista de sentimientos extraviados, concentrarse en sonreír y olvidarse de todos ellos por un rato. Lo que me sucedía tenía que ver conmigo y con nadie más. Tomé la decisión de ir más lento, de intentar enfocarme en el día a día, y procurar no ir más allá.

***

Fantasmas que veo,
pero no siento.
Los conozco, lo sé,
pero no hay afecto.
Recuerdos en siluetas
palabras sin cariño,
gritos sin odio,
reflejos de amores...

***

La primera vez que la vi me encontraba tomando un café en la mesita ubicada en el centro del jardín. Sentado allí fuera, descansando delante de la pequeña mesa cuadrada, compartiéndola con tres asientos vacíos, así fue que la conocí. Permanecí en silencio unos cuantos minutos dejando que el café se entibiara, sumergido en mis pensamientos, hasta que una voz calma me preguntó cómo me encontraba. Levanté la mirada sorprendido y allí estaba, con su mirada acariciando la mía, esperando paciente mi respuesta. Una mujer había ocupado uno de los asientos vacíos colmando el aire con una energía relajante. Era extremadamente bella, su cara no le pertenecía a nadie conocido, pero una sensación también sugería lo contrario, le pertenecía a muchos. Su mirada no generaba temor alguno, permanecí siempre tranquilo ante su presencia, la cual sentía extrañamente natural. Casi podía reconocer algo de mí en ella, como si se tratase de una porción de mi alma.

—Estoy bien —respondí sosteniéndole la mirada—. ¿Vos cómo estás?

—Algo preocupada, para serte sincera, sé que no es fácil lo que estás viviendo —dijo mientras apoyaba su mano en la mía.

Una sensación conocida recorrió mi brazo, casi familiar, no cabía ninguna duda, no tenía por qué temerle, era una aliada, una compañera. Quizás ella podría ayudarme un poco a centrarme nuevamente en mi propósito, ya que más allá de no querer admitirlo en ese entonces, tenía claro que algo no marchaba bien.

—Dejá que las cosas pasen, que lo que tenga que doler, duela, y que lo que parece intentar sacar una sonrisa, lo haga sin resistencia. No tengas miedo de llorar, no hay razón para acumular peso en el cuerpo, las cirugías pueden ser un atajo, una herramienta para

remover obstáculos, pero el camino seguirá siendo responsabilidad de quien lo camina. Escuchanos, creé en nosotras y estarás bien. Te lo prometo. —Su voz parecía estar conformada por un conjunto de voces.

—¿Podés acompañarme en mis pesadillas? —le rogué cautivado por su temple —. Sabrás mejor que nadie que estas últimas semanas el descanso no fue mi mejor amigo. Sueños confusos parecen querer robarme la alegría que supe conseguirme. Te necesito ahí conmigo, como una guía, como una amiga.

—Claro que sí, ahí estaré —respondió con una sonrisa.

Terminé mi taza de café una vez más en solitario, intenté relajarme con la caricia del viento y recordé que aún no había terminado mi libro. Parecía una buena oportunidad para leer e intentar pensar en otra cosa por un rato al menos.

***

Ruth me escribió algunas veces más desde aquel día que nos vimos, pero no estaba listo para volver a verla. Era eso o simplemente no lo deseaba, no lo tengo muy en claro aún hoy en día. Creo que lo entendió así también ella, porque luego de algunos intentos fallidos por contactarme, dejó de intentarlo. Era mejor así, no me era placentero tener que inventar excusas constantemente, nunca fui muy bueno para decir la verdad cuando sé que esta va a hacer daño.

Algunas semanas después, recibí un mensaje de Clara, una expareja, quería verme. Le respondí que no tenía ningún problema y, entonces, acordamos encontrarnos unos días después. Lo haríamos en un bar que solíamos frecuentar a menudo cuando estábamos juntos. No estaba seguro de estar haciendo lo correcto, pero una cerveza jamás le hizo mal a nadie, pensé, y parecía una excelente ocasión para probarme a mí mismo. Poner a prueba mi evolución. Curiosidad, tal vez, un nuevo desafío para todo este experimento.

Aquella noche no fue fácil conciliar el sueño, pero con el pasar de las horas, finalmente lo conseguí. Al cerrar los ojos, los abrí del otro lado, y allí estaban todos esperando por mí, como sucedía cada noche. No sabría decir exactamente cuántos de ellos había, al despertar todo parece esfumarse, o al menos lo importante. Allí estaban, mirando desde las sombras mientras yo avanzaba tímido, asustado como un niño que ha perdido a su madre. Mis manos transpiraban, no conseguía estar tranquilo, hasta que ella sujetó una de ellas.

—Siempre cumplo con mis promesas —dijo y sonrió.

Ya tenía a mi guía, a mi amiga, y aquellos escondidos en las sombras ya no parecían una amenaza. Caminamos por un tiempo a través de un campo, ahora todo parecía estar cubierto por un aire de serenidad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con aires de reproche.

—Si te referís a Clara, no es nada importante, considéralo una pequeña investigación que estoy llevando a cabo —respondí intentando hacerme el gracioso.

—Es peligroso —dijo, seria.

—¿Realmente lo crees así? —le consulté. Sabía del riesgo de verla, pero realmente confiaba en mi fortaleza, confiaba en el éxito de la operación después de todo.

—¿No lo crees vos, acaso? —contraatacó, y me sentí de pronto arrinconado.

—No lo sé. —Ahora me encontraba un poco más inquieto y podía sentir cómo mi corazón galopaba. Algo no estaba bien.

Sus ojos buscaron los míos y de pronto su rostro era el de Clara, mi corazón golpeó tan fuerte mi pecho que pareció mover la camiseta que llevaba puesta. Instantáneamente, regresé a mi habitación. Dejé la cama y me metí en la ducha, mi ropa estaba completamente cubierta de sudor, como así las sábanas de la cama.

Medité mucho aquel día sobre mi decisión, me había alterado demasiado al ver a Clara en mis sueños. Todo sugería que no era una gran idea el encuentro, pero si no lograba enfrentar viejos fantasmas ahora, ¿cuándo, si no? Lo que sentía era una mezcla de incertidumbre, confusión y furia. Mis sentimientos por Clara no eran precisos, pero era innegable que aún había sentimientos, algo distorsionados, pero, aun así, allí estaban. A esta altura era claro que la cirugía no había sido un gran éxito. Todo lo que había hecho era generar una distorsión confusa que, lejos de brindarme paz, me entregaba a una peligrosa ansiedad.

***

Me dirigí al bar pactado y ahí la vi, esperando por mí. Las marcas en mi corazón parecían marcarse a fuego una vez más, con una intensidad desgarradora. Me refugié detrás de un árbol y permanecí escondido algunos segundos. Necesitaba de unos instantes extra para volver a serenarme. Cinco fantasmas de pronto me rodearon, me estudiaban sin pronunciar palabra alguna. Uno de ellos se acercó a mí, extendió su brazo y apoyó la yema de su dedo índice en mi pecho. Un dolor agudo se extendió del centro de él hasta detrás de mi cabeza. El dolor era tan fuerte que no lograba siquiera abrir los ojos. Cuando la sangre comenzó a escapar por mi boca, perdí el conocimiento.

—No sé cómo pudo ocurrir esto, le confieso, pero la cicatriz de la operación parece haberse abierto. Está resuelto igualmente, no tiene de qué preocuparse. Mientras estaba inconsciente, debimos operarlo de urgencia, le ofrezco mis más sentidas disculpas —comenzó diciéndome el doctor, mientras yo lo observaba desde la camilla—. ¿Ocurrió algo que deba saber?

—No, doctor, no se preocupe, todo esto fue culpa mía. ¿Cuánto tiempo debo estar acá?, quisiera estar en mi casa, para serle sincero —consulté con dificultad, ya que al hablar la incomodidad en mi cuerpo se intensificaba.

—Tan solo un par de noches, tres quizás, dependerá de su evolución. Por favor, permanezca tranquilo y cualquier cosa que necesite llame a la enfermera, mañana a primera hora vendré a ver cómo se encuentra —se despidió amablemente y se retiró de la habitación. Quería decirle varias cosas acerca de la operación, pero no pareció el momento adecuado, apenas tenía fuerzas como para emitir alguna palabra.

Intenté calmarme un poco, todo eso no debería haber pasado. Era

mi culpa, después de todo, estaba haciéndolo todo al revés. Aquello debería haberse tratado de un nuevo comienzo, pero tan solo lo utilicé para intentar reconciliarme con el pasado. Lo tenía merecido. Debía ser un punto de inflexión en mi vida.

—De ahora en adelante intentaré preocuparme por mí y de rehacer mi vida. Pero ¿qué hacer con los fantasmas? —pensé en voz alta.

Unas horas después, la enfermera ingresó a la habitación y comenzó a revisar algunos instrumentos, no le presté demasiada atención. Cuando volví a dirigir mi mirada hacia ella, la encontré parada, inmóvil, observándome, sonriendo, sin emitir palabra alguna. Deseaba preguntarle qué era lo que sucedía, pero las palabras no salían de mi boca. Se acercó hasta mí y tomó mi mano. En ese momento, con sus ojos clavados en los míos, comenzó a hablarme, sin matices, sin pausas, sin alegría ni ira:

«En el lago donde crecimos cayó un camión y la corriente reaccionó. Allí pude ver nuestra flor morir. La vi nadar intentando salvarse, pidiendo auxilio, pero nadie respondió. Al cruzar la calle, nos perdimos, pensé en encontrarte más adelante, pero no lo hice, simplemente nos perdimos entre la gente y así nos convertimos en la nada misma. Sé que te preguntas qué es lo hago acá, con esa mirada absurda propia de tus juegos, pero ¿sabés qué?, donde no hay palabras, los gestos mandan, y nuestra silueta de a poco fue perdiendo su forma. No me reconoces, ¿verdad? —me preguntó, pero no esperó por una respuesta y continuó hablando—. Desde aquel momento ninguno de los dos consiguió ver nada más de nuestro pasado, aún no entiendo cómo no lo podés ver, se trata del cariño y del rencor enamorados, hechos uno. Somos uno. Quizás en otras aguas nos volvamos a ver, quizás tus sueños sean ahora nuestro escenario. Quisiste escapar, pero terminaste por acercarte. Nadie te dijo que vayas por este sendero, vos solo lo creaste, nadie te obligó a hacer esto. Acércate un poco más y terminarás por entenderlo. Tan solo perdimos la pasión y el cariño en el bolsillo equivocado, amor, podemos volverlos a encontrar».

Permaneció luego en silencio unos segundos, todavía apretaba mi mano, pero con más fuerza que antes, y yo continuaba sin poder pronunciar palabra alguna. No encontraba fuerzas para mover los brazos, sentía el cuerpo dormido. Su mirada parecía viajar a través de la mía, observaba lo que sucedía dentro de mi cabeza, espiaba mis fantasías, mis pensamientos, reía en silencio de todos ellos, de mi desconcierto y de mi temor. Intenté identificar su cara, sus rasgos, entender algo de lo que sucedía, pero su rostro era indescifrable. Cada vez que intentaba enfocarme en ella, se producía el efecto contrario. Su cuerpo era nítido, pero su cara se encontraba como fuera de foco, algo nublada.

—Tranquilo, no puede hacerte nada, tan solo jugar con tu cabeza, eso si se lo permites, por supuesto —dijo con voz tranquila. Era mi ángel guardián, que observaba la escena desde el otro lado de la habitación.

—¿Acaso estoy soñando? —pregunté algo sorprendido al notar que había recuperado el habla, mientras mis ojos permanecían clavados en aquel fantasma que parecía no percibir la presencia de mi guardián.

—No, no estás soñando, esto no debería estar ocurriendo, pero intentá permanecer calmado, alguien viene —respondió y escapó de mi vista.

Unos segundos después, una enfermera ingresó al cuarto y pareció alterarse un poco al notar mi expresión de terror. Me encontraba duro en la cama, con la mirada clavada en la nada misma (ella no veía lo que yo), y al preguntarme cómo me sentía, no fui capaz de darle respuesta. Se acercó a mí, comprobó el miedo que corría por mi piel y cómo algunas lágrimas se formaban en los rincones de mis ojos. «Algo anda mal», murmuró, y salió corriendo en busca del doctor mientras un pitido insoportable retumbaba en mis oídos. Ahora aquello que sujetaba mi mano sonreía conforme y se acercaba aún más para suspirar algo en mi oído:

—Te veré en un rato, no te demores —susurró y me besó.

Desapareció cuando el doctor ingresó apresurado. Rompí en llanto al sentirme liberado de mi parálisis. Les rogué que no me duerman, pero los médicos no conocen muchas más soluciones que esa. Mi cuerpo no tuvo más alternativa que rendirse a sus drogas, incómodo una vez más entre la locura y la medicina, sin grises, sin puntos medios, sin soluciones reales.

No tengo muy en claro cómo llegué a mi casa, pero allí estaba. El posoperatorio parecía haber pasado, me sentía bien, con fuerzas. Puse algo de música para distenderme un poco y la pava a calentar para hacer unos mates.

Luego de terminar el agua del termo, me dirigí a la ducha para después ir a la cama. Necesitaba descansar, todo era algo confuso aún, no recordaba bien las últimas horas. ¿O los últimos días, acaso?

***

Me recosté y me entregué al sueño, pero, antes de conseguirlo, sentí un ligero peso sobre mi cuerpo, como si algo o alguien se estuviera apoyando en mí. Al abrir los ojos, vi cómo una mujer compartía la cama conmigo, ella me abrazaba y apoyaba su cabeza en mi pecho. Yo acariciaba su pelo dulcemente y la escoltaba hasta sus sueños. Sentía la escena como algo completamente natural, pura cotidianeidad. No podía observar su cara, tan solo su pelo negro. Ella tan solo parecía intentar dormir, se la notaba en paz. Ambos lo estábamos, a decir verdad.

—Tal vez cerrando los ojos, aunque sea unos segundos, te perciba y me percibas con mayor claridad —comenzó diciendo entre dormida —. Me brindas refugio, ante todo y ante nada, y te agradezco por ello, realmente lo hago. Me elegiste y eso es un acto de coraje. Elegir siempre acarrea responsabilidad, compromiso. Elegir algo o a alguien ante semejante e infinita paleta de colores que nos regala el estar vivos nos enseña a merecer la vida, ¿no coincidís? Vos sos quien me otorga la vida, y yo, como respuesta, invento esto para ti; es algo recíproco. Cuando siento tus caricias por las noches, cuando mis ojos se van entrecerrando, simplemente me entrego a vos, por completo, no existen dudas en mí. ¿Serías capaz de entregarte también así? Sos grande y eso me hace grande a mí, crecemos juntos aun encontrándonos poco. ¿Aún estás enamorado? —preguntó de forma retórica—. Tu historia te lleva a que elijas limitarte y reprimirte. Además, estamos tan habituados, tan acostumbrados, tan conceptualizados en nacer, vivir y morir dentro y a través de, creemos ilusamente, infinitos momentos, que realmente nos cuesta amar con honestidad, ¿no lo crees cierto? ¿Cómo darle la importancia que merece un momento si no lo reconocemos como algo único? Pero

nada es infinito y nunca sabremos con anticipación cuál será el último instante. Hoy te agradezco. Todo eso es lo que me ayudás a ver, es por esto que te agradezco, es por esto que te ruego te quedes acá esta vez. Venís y te vas, te entregas y vuelves a huir, trabajo día a día, noche a noche para entender esto. Simplemente te diré «hasta mañana», tengo claro que volverás y nos volveremos a ver, si será mañana o en algún tiempo jamás lo sé con certeza. Ahora llega la luna y su noche, la luna y todo su sindicato de estrellas. Ahora te toca elegir a vos, puedo esperar, pero no por siempre —terminó diciendo, y los dos caímos dormidos.

Al despertar, me dirigí a la cocina y preparé café. Herví unos huevos, hice unas tostadas y puse la mesa. Ella ya estaba sentada, esperando por su desayuno. Hermosa, con su pelo rubio, claro y brillante como el mismísimo sol, siempre con una sonrisa. Le serví el café y las tostadas como a ella le gustaban, y sin decir mucho, compartimos la mañana. Ninguno de los dos era de conversar demasiado tan temprano, nos tomaba unas horas despertar por completo.

Era un día espectacular y parecía el momento oportuno para recostarme un poco en la reposera bajo el sol y terminar mi libro. Ella tomó asiento a mi lado, con el termo de agua caliente bajo el brazo, lista para cebar unos mates. Luego de unos minutos, cerré mi libro y la observé cambiar la yerba con una paz infinita. Al sentir que la observaba me miró con sus ojos verdes y me dijo:

—Hay algo en vos que me llena de calma, es tan lindo estar así, fluir con el paso natural de nuestro andar, sin frenos que entorpezcan lo que sentimos. —Apoyó el termo en el suelo y tomó mis manos con las suyas —. Todas nuestras dudas son las semillas que darán paso a nuestra cosecha, a nuestro futuro, ese es nuestro tesoro. El sol se convierte en nuestro rey tempranero, maestro de amores fugaces, pero ese no será nuestro destino, ¿verdad? No esta vez.

—¿A qué te referís? —pregunté casi hipnotizado por su manera de hablar.

—Olas de preguntas que no buscamos realmente responder —contestó acariciando mi mejilla—. No preguntes más nada, no te va a llevar a ningún lugar cálido, tan solo te llevará lejos de mí. No querés eso, ¿verdad?

—No, no quiero eso —respondí cautivado.

—En el mar siempre habrá gritos que nos llegan como silencios, llamados que intentarán hacernos despertar. Dejalos allá, no los necesitamos. Somos privilegiados de dos mundos, los límites de nuestro escenario, este que parece vibrar al mirarnos, son todo lo que necesitamos, el resto es tan solo cimientos en la arena, vulnerable, nos hace débiles, acá conmigo serás intocable. Cada beso que compartimos

son como gotas de agua que resbalan en nuestros cuerpos, son escapes al porvenir, sé que no puedes vernos más allá de hoy aún, pero siempre podremos respirar bajo el agua, alejados de la vista de los demás, esto es nuestro y de nadie más, amor. Ahora tengo que irme, es tan solo un rato, no te asustes —dijo mientras se levantaba de su silla; pero antes de irse se acercó y me dijo apoyando sus labios en los míos —: Es solo un adiós, la voz tiene memoria, amor, te volveré a encontrar, espera por mí.

La vi alejarse lentamente y salir por la puerta de entrada. Me quedé allí conforme, en paz, no creo haber podido encontrarle el entero significado a sus palabras, pero no siempre es necesario hacerlo, creo. En algunas ocasiones es mejor quedarse con el sentimiento tras ellas, y eso no se entiende, se siente y ya. Sus palabras me habían dejado calmado, feliz, y no quería ensuciar aquellos sentimientos con pensamientos o razonamientos aventurados, aquel día quería apagar mi mente, quería disfrutar del sol de mediodía.

En esas últimas semanas, la vida, los días parecían estar siempre envueltos en ruido, en un caos invisible que deformaba el mundo. No podía pensar claramente y no descansaba bien. Todo fue un gran terremoto luego de la operación, no conseguí jamás hacer encajar las piezas del rompecabezas en el que mi mente se había convertido (le quité algunas de sus piezas más importantes, entiendo ahora). Mis pensamientos se peleaban los unos con los otros y me era imposible darle la razón a alguno de ellos, todo se perdía en el caos y avanzaba prácticamente por impulso o por instinto (si es que alguna vez lo tuve).

Me senté en la mesa del comedor a armar un cigarrillo, cuando ella se prendió uno del otro lado de la habitación. Estaba sentada en uno de los sillones, fumando desde la oscuridad. Parecía cansada.

—Me sorprende verte acá, tan tranquilo —lanzó desde su asiento.

—¿Por qué me decís eso? —respondí algo sorprendido.

Estaba muy extraña ese día, vestida de una forma casual, un *jean*, sandalias y una remera blanca. Su pelo colorado, suelto, sus ojos marrones, sus tatuajes en el brazo derecho. Única por donde se la mire. Fumaba su cigarrillo cruzada de piernas, observándome con ojos de reproche.

—Ya no visitas como antes. Casi que no recordás mi rostro, ¿verdad? —cuestionó mientras encendía un segundo cigarrillo.

—Emmm... —No sabía qué responder, me era tan natural verla allí fumando en el comedor, y, a la vez, no tenía en claro lo que sucedía —. Amor, estoy confundido.

—Todos lo estamos, pero tal vez si te quedaras más tiempo acá conmigo, de a poco las cosas podrían ir encontrando su sentido. ¿Tenés pensado volver a irte? —volvió a preguntar.

—¡No! Por supuesto que no. ¿Dónde podría irme? Esta es mi casa, nuestra casa —respondí casi sin pensarlo. El posoperatorio debía seguir causando torbellinos en mi cabeza, todo parecía estar mezclado nuevamente, fuera de lugar—. ¿Vos pensás irte, acaso, o te vas a quedar conmigo? —pregunté yo ahora.

—Yo nunca me moví de acá, este es mi lugar, como lo es el tuyo también, si así lo quieres, por supuesto. Sabemos que probablemente mañana esto no será nada, me duele confesarlo, pero me cuesta ser optimista a esta altura, pero si me dejás compartir un poco de lo que me pasa, no importará todo lo demás. Aprendamos a vivir el hoy, cada vez que apostamos por el mañana, terminamos perdiéndolo todo. Esto que me sucede, lo que pretendo decir, no es raro ni se trata de un lamento, pero llevo un largo tiempo esperando algo de tu parte. Nuestras espaldas aún están marcadas en las paredes junto a la cama, el techo nos solía apretar cada vez un poco más, ¿te acordás? Siempre fuiste un paréntesis en mi vida, un parate necesario en todo este desorden. Siempre supe hacerme ver, siempre supe llamar tu atención, pero hoy estoy agotada. Abrazame y prometeme que te vas a quedar, que esta casa será nuestra cárcel, nuestra jaula.

La notaba algo angustiada ahora, y no podía evitar que me sucediera lo mismo. Sus palabras eran como un llanto, un desahogo el cual no terminaba de comprender. Me acerqué a ella y la abracé con fuerza.

—Siempre estuve con vos y siempre lo estaré. ¿Cómo se te ocurre que podría dejarte sola? —le dije a modo de consuelo.

—Hace años me soltaste la mano y me abandonaste acá, en forma de recuerdo, en forma de fantasma, esta es mi cárcel y no tenés la decencia de quedarte conmigo siquiera —atacó con algo de rencor en su voz una vez más—. Si vas a seguir con estos juegos, dejame ahora mismo, me acostumbré a vivir en soledad, pero si decidís lo contrario, quedate esta vez, no más juegos, por favor—.

—Estoy acá, con vos, ¿no es así, acaso? —respondí aún abrazándola.

Salí a dar una vuelta a la manzana, tomar algo de aire, saludar a los vecinos, despejar un poco la mente parecía ser lo mejor. Mi cabeza comenzaba a enredarse una vez más, debía bajar algunos decibeles. Llegué a una plaza vacía (los chicos debían de estar en la escuela por el horario), tomé asiento en uno de los columpios y me quedé allí unos minutos.

Detrás de la plaza se encontraba la estación de tren, los veía llegar, vaciarse y volverse a llenar una vez más. Cada uno de los pasajeros perdidos en mundos fronterizos, compartiendo el espacio con el resto de los cuerpos, pero habitando distintas realidades; cada uno con sus problemas, cada cual con sus preocupaciones.

El sol se sentía bien en mi cuerpo, el calor siempre fue un sinónimo de alegría para mí, es como si el aire me abrazara y me dijera que todo, tarde o temprano, se pondría en su lugar. Con el sol en el cielo, y su calor en forma de caricia, es fácil mantenerme positivo, contento, conforme (o al menos alguna de todas ellas). ¿Conforme con qué?, con estar vivo y ya. Por momentos, eso basta.

El columpio de al lado ya no estaba vacío, no la escuché llegar, pero allí estaba. El viento despeinaba su pelo castaño y sus ojos celestes apuntaban al cielo, se la notaba pensativa. Esperé unos minutos antes de hablarle, quería disfrutar un poco más del silencio que compartíamos.

Ella se descalzó, dejó su posición y se ubicó delante de mí, sentada sobre el césped. Se recostó y extendió sus brazos hacia los costados, con su frente apuntando al sol y sus ojos ahora cerrados. Parecía sonreír, y yo sonreía con ella ante esa imagen tan dulce digna de una pintura. Los trenes continuaban yendo y viniendo, como así la gente que se bajaba de ellos, por suerte para nosotros, nadie parecía estar interesado en cruzar por la plaza, eso nos seguía dando cierta privacidad.

—«Recostada en la arena te encontré, te costaba respirar —comencé a cantarle tímidamente—, así fue que me acerqué a vos, siempre fuiste algo más. Con un gesto me señalaste el mar, tu casa, tu libertad, te salvé casi sin querer y me invitaste a cambiar: amar y nada más. Una nueva luna y un nuevo sol. No hace falta entender el porqué, pero en tu cuerpo me encontré a mí mismo, escapaste de alguna estrella o de algún cuento inconcluso. El sol parece nacer de vos, logré sentir su calor, en tu pecho la luz que siempre busqué, esa que siempre quise ver. Eres mi nueva luna, mi nuevo sol» —terminé la canción y volví al silencio mientras el sol ahora me daba directo a los ojos.

Ella se levantó un poco, alejando su espalda del césped, apoyada sobre sus codos me observaba, sonreía, siempre linda. Nos quedamos unos minutos así, mirándonos con el ruido de los trenes por detrás de nosotros, como solíamos hacer.

—Vení, sentate acá en el pasto conmigo —me dijo haciendo un gesto con su mano.

Dejé mi lugar y me acerqué a ella, tomé asiento detrás para poder abrazarla. Ella se apoyó sobre mí y respiró profundo.

—En el amor no es todo tan fácil —dijo a modo de lamento—, desearía que lo fuera, pero siempre llegado a algún punto se complica, ¿lo podés ver también?

—Sí puedo, lo he visto, pero ahora es distinto —respondí.

—Parece serlo, pero nunca se puede estar del todo seguro, siempre hay que estar alerta, ¿sabes por qué?

—No, no lo sé, no entiendo a dónde vas con todo esto, amor. —Comenzaba a marearme una vez más.

—¿Cómo es mi nombre? —lanzó como un puñal.

Me quedé paralizado, nada venía a mi mente, nada, absolutamente nada. Una vez más, cientos de imágenes aparecían en mis ojos como relámpagos. Ruido, de pronto mucho ruido. En medio del caos, sus manos sujetaron mis mejillas y me pidió que la escuche, que intente concentrarme.

—Si es ojo por ojo, es palabra por palabra, engaño por engaño, es caricia por caricia. Si es ojo por ojo, es tu corazón por el mío, es vida por vida, cuerpo por cuerpo. Si es ojo por ojo, amor, es beso por beso, lágrima por lágrima o al menos es «te quiero» por «te quiero». Pero vos no me querés ni querés estar acá, ¡vos simplemente no querés! —gritó furiosa—. Te estás yendo, una vez más te estás yendo.

—No me voy a ningún lado, no me muevo de esta plaza, te lo juro —decía casi sin ser consciente de ello.

—¡Si lo hacés! Te estás yendo, ya no estás acá conmigo, no realmente. Ya estás despertando una vez más. —Al escucharla pronunciar su última palabra, de pronto todo fue silencio.

Una vez más, despertaba en mi cama, pero una sensación de despertar real, como si todas las últimas veces que lo había hecho se hubieran tratado de falsos despertares.

Con los días volví a trabajar, la licencia por la operación había llegado a su fin. Me sentía bien, intentaba no estresarme demasiado, no pensar más en las cosas que habían sucedido. Intentaba entender que mi único escape era ese, el de no mirar más hacia atrás en busca de explicaciones, esta era mi vida ahora, no se puede remar contra la corriente por siempre.

Ellas siguieron acompañándome, hasta el día de hoy lo hacen. Jamás duermo solo, hasta puedo verlas por allí cuando trabajo, cuando camino por la ciudad. Son discretas, no les interesa nada más que verme y que las vea. Mi corazón jamás volvió a ser un problema, ya no hay dolores ni ardores que me atormenten, ya no hay ruidos.

Hay algunas cosas que no recuerdo bien, pero tampoco me interesa demasiado hacerlo. No recuerdo haber despertado en camilla del hospital sinceramente, pero ¿vale la pena hacerlo acaso?; no tengo memoria alguna de haber salido jamás de aquel hospital, pero el recuerdo que no está, es el recuerdo que mejor no esté, ¿verdad?

La interpretación

Por las paredes chorrean las palabras que escupiste luego de cargar tus pupilas con venenos baratos. El blanco original parece embriagarse con la pintura y, poco a poco, hasta el pasado se transforma. Juegas con la línea del tiempo a tu antojo y declaras, como quien es ajeno a los tormentos, la resignificación de todo lo caminado. Yo, de momento, tan solo me dedico a observar las gotas deslizándose por la pared. Respiro, las contempló y me pregunto si es que alguna vez se detendrán.

A estas horas, algo cansado por la erosión de la experiencia, me entrego a la duda. Aquella duda que espera a saber si la tierra será suficientemente espesa como para proteger las raíces que determinan las siluetas del pensamiento, o si todo terminará por transformarse.

El quiebre de lo establecido, espera agazapado mi interpretación del impacto.

Purgar

Pablo nunca fue de hablar demasiado, sus ojos siempre lo dijeron todo por él. Podía pronunciar las palabras que corrían por su cabeza, cómo no hacerlo y, aun así, al encontrar su mirada, descubrías cada una de ellas.

A los mates de la mañana los acompañábamos con juegos inventados que ahora reaparecen como escenas fugaces, en las que el tiempo parece haberse detenido para atesorarse por siempre a un lado del camino. Nos divertíamos compartiendo nuestros sueños de la noche anterior, nos aventurábamos en distintos razonamientos, intentando interpretar sus significados. Por supuesto que no siempre los recordábamos, y creo poder asegurar que ambos, en ocasiones, ocultamos algún sueño confuso por pudor o temor de herir los sentimientos del otro. No había motivo para alimentar ingenuas inseguridades.

En sus ratos libres, Pablo disfrutaba sobremanera de sentarse bajo la gran palmera que aún vive en lo que será por siempre nuestro jardín. Aquel árbol, donde compartimos infinidad de atardeceres, permanecerá por siempre ligado a su voz, a su respiración. Bajo nuestro preciado árbol se recostaba y descargaba su mente en su cuaderno, por momentos con historias, otras veces con reflexiones tras días angustiosos, y en muchas otras oportunidades, con simples desvaríos, buscando atrapar algo de la esencia de sus pensamientos. Intentaba buscarle un porqué a la fuerza del viento, o el cómo una simple palabra es capaz de marcar el desvío del pensamiento, para así llegar a algo más, a algo impensado en un principio. Así tal vez meditaba si acaso era lo debido haber llegado allí, a esa conclusión, a esa meta, o si algún imprevisto, esos que muchos llaman «destino», había ocasionado algún «error», para así volver a reescribir una vez más nuestra historia, tantas veces reeditada seguramente. Caprichos varios de vaya uno a saber quién.

Al terminar con sus descargos en el papel, solía dirigirse a mí para recitarlos, exigiendo alguna crítica. ¿De qué otra forma se puede crecer, verdad? En general me gustaban, su manera de expresar lo que sentía me cautivaba, tenía una forma muy particular de pronunciar sus palabras, exageradamente apasionada, así como lo hacen los actores en los teatros. Al escribir, su mirada se veía envuelta en un brillo que tan solo se hacía presente cuando tomaba su bolígrafo y su cuaderno.

En otros momentos, su corazón se llenaba de melancolía por aquellos que ya no están y sus hermosas rimas se tornaban lúgubres, crudas. Son aquellos escritos los cuales yo pedía no me mostrase, no sabía cómo manejarlos. Me arrastraban a la angustia.

La sensibilidad siempre fue algo que nos caracterizó a los dos. Siempre fui una amante de la poesía y aún más de la suya, pero al leer

los poemas de aquella índole, no podía dejar de ser consciente del hecho de que esas palabras escapaban de su corazón golpeado. Oraciones bañadas en melancolía, que, a su vez, me sumergían en mis propios infiernos. Nunca fue su fuerte el desprenderse de las historias que lo trajeron hasta aquí. Siempre las llevó consigo, una mochila que le fue cada día más pesada. Llega un punto donde el cuerpo se agota y dice basta.

Aún hoy, al ver sus cosas, siento como el tiempo se alenta. Me abstraigo de todo a mi alrededor, y me dejo envolver por su recuerdo, su mirada distraída; siempre en dos lugares al mismo tiempo. Pobre, su cuerpo y su cabeza siempre fueron malos compañeros, cada uno eligió su camino desde el principio. La incongruencia enferma, ¿qué se le va a hacer?

Nuestro tiempo juntos jamás quedará en el olvido y su historia quedará siempre a salvo conmigo.

***

—Acallar un grito desesperado puede ser sencillo, pero acallar el más profundo de los silencios es casi un imposible —susurró una voz desde lo absurdo—. *Enfriar lo que supo calentarse entre roces y discordias puede lograrse con facilidad, pero calentar aquello que con el paso de las agujas perdió todo su calor hasta llegar a un frío indiferente, es sin duda un triunfo* —prosiguió oculta—. *Las paredes se achican y se agrandan según tu perspectiva, y te cuestionas dónde es que debes pararte. No es lo importante. Significar lo insignificante altera prioridades, confunde y nubla la visión. Cada día perdemos la cabeza por ridiculeces, poniendo tras ellas grandes historias y significados. Así podemos dejar que nuestra garganta se cierre y se nos llene el cuerpo de un «no sé qué», por tan solo ver cómo un perro mira hacia la nada misma. Nombrar lo innombrable limita el camino que aquello tenía preparado para vos. Una de las desventajas del lenguaje, pero se nos vuelve un vicio, lo necesitamos. Escuchamos, vemos o sentimos algo que no comprendemos e intentamos nombrarlo de alguna forma, ponerlo en palabras, para así hacérnoslo más real, transformarlo en algo más concreto. ¿Cómo podríamos siquiera intentar manipularlo si no lo entendemos? Y allí vamos y le asignamos una palabra.*

Hundí la cabeza en mi almohada, pero aun así continué oyendo esa maldita voz que parecía refugiarse detrás de mis ojos.

—No busques razones, no siempre las hay, a veces las cosas tan solo suceden. No interpretes más de lo que digo, en tu estado solo enturbias el mensaje. La belleza no es belleza hasta que no la tomes como tal, ¿no lo ves? El hoy no te es suficiente porque no lo puedes ver tal cual es, ni las oportunidades que este ofrece. En el reflejo de la televisión estás vos y tu desconsuelo sujetándote la mano. La palabra llega más allá que el silencio y el hacer profundiza más que la intención. Despertate. Anidas en lo alto

donde solo vos podés oírte, baja y da un paso al frente, uno no se puede esconder por siempre, el sol sigue allí, y es absurdo ignorarlo.

Permanecí en silencio unos minutos más, pero afortunadamente no volví a sentirla. Aquella voz nacía de los sueños, pero luego terminaba por diluirse en la realidad. Me tomaba algunos segundos devolverla a su plano. Finalmente me predispuse a empezar con mi día. Me dirigí a la ducha. Dios quiera que hoy funcione el agua caliente. Estúpido calefón.

***

Iba camino al trabajo, sentado del lado de la ventanilla del 60 (colectivo que me llevaba de Recoleta a Núñez), perdiendo poco a poco mi atención en una melodía. Acostumbraba a observar a la gente, percatándome de no ser visto, por supuesto. Encuentro un extraño placer al distinguir aquellos gestos que nos son comunes a todos: cómo todos observan con ojos perdidos hacia la nada misma, cómo todos sonríen producto de algún recuerdo, cómo alguno tropieza ante el brusco freno del colectivero y automáticamente se ríe, buscando disimular el pequeño fallo. Cada cual como puede, por supuesto, el nerviosismo que genera ser el centro de la escena. No todos estamos preparados para ello.

Al pasar por el monumento de Giuseppe Garibaldi en plaza Italia, mi mirada se entretuvo con un gato naranja que lo escalaba y se refugiaba tras la gran ala del ángel, mientras el colectivo permanecía inmóvil ante el semáforo. Una sonrisa se me dibujó casi instantáneamente y una sensación cálida en mi pecho llamó mi atención. Tal vez por recordar los tiempos cuando asustado, de pequeño, corría al cuarto de mis padres, refugio a prueba de toda amenaza. No lo sé.

Al llegar al trabajo, preparé café y me predispuse a comenzar el día. Modo automático. Hace algún tiempo ya que mi cabeza no acompaña a mi lado motriz, desde que Lucía se fue. Pasó un tiempo ya de aquello, pero todavía la recuerdo con bastante cariño. Su manera de cebar el mate, el modo que ponía sus labios al tomarlo, cómo se limaba las uñas nerviosa mientras miraba su novela. Ese peso, pesado, molesto, difícil. Por fin la caída de aquella separación había terminado, o de eso buscaba convencerme, y envuelto en la oscuridad de mi habitación, me solía detener a pensar, a no omitir palabra, a no

ceder ante una absurda desesperanza o el desconcierto que puede llevar intentar una inútil salida rápida. Si es que acaso la hay. La huida es siempre en vano, después de todo, el conflicto está en nuestra cabeza, ¿cómo escapar de ella?

Por fin comencé a ver la oscuridad en su forma más nítida, todo aquello que yace bajo nuestras sombras, lo que duele de la «verdad». A fin de cuentas, a toda búsqueda por la verdad genuina le precede el dolor, la angustia y, con este, el duelo inevitable. Lo que cuesta ver es el provecho que dicho duelo nos ofrece. Gracias a la oscuridad, logramos entender lo reconfortante de la luz, gracias al miedo, entendemos lo que conlleva el coraje. Cualquiera puede jactarse de no temerle a la angustia, al desconcierto, si no lo ha vivido. Si no entiende cómo este golpea en el pecho, entorpeciendo el pensamiento, el sueño, el pasar de las horas, convirtiéndolas en criaturas lentas, cargosas, mudas.

Pasado un mes desde la última vez que vi a Lucía, tuvo lugar un hecho que cambiaría mi vida de una forma que jamás lo hubiese imaginado, algo así como si mi cuerpo hubiese sido tomado como rehén por alguna fantasía. Es algo que decidí ocultar de todos y reservarlo tan solo para mí, ya que no lograba encontrarle una explicación lógica. Lo último que necesitaba en aquel momento era que mi entorno me viera como una especie de monstruo, de bicho raro. No, gracias, con creerlo yo me era suficiente.

Todo comenzó una madrugada (alrededor de las cinco de la mañana), cuando desperté repentinamente arrancado de un sueño. Desperté cubierto en sudor, agitado, sufriendo un fuerte dolor en el pecho. Podía sentir mi corazón latir con más fuerza que nunca, y al apoyar mi palma sobre él, logré reconocer con una extraña facilidad dónde este golpeaba y cómo repetía sus intentos de salir disparado de mí. Una y otra vez, cada segundo con más fuerza que el anterior. Como nunca antes lo había hecho, reconocí los caminos que trazaba la sangre al recorrer mis venas, las que ahora parecían obstruidas, como si las vías nacientes del corazón, que hasta ayer habían sido suficientes para encauzar su caudal, hoy no tolerarán su espesor. Como lava ardiente avanzaba, sin importar qué, pero mi cuerpo parecía no poder soportar el proceso. No esta vez. La marcha incesante de lo que aparentaba ser algo más que sangre continuó por mi garganta, y abrió paso a su salida.

Corrí rápidamente hacia el baño, pero antes de llegar a él, caí de rodillas. Necesitaba vomitar lo que a primera vista era sin dudas sangre, pero con un extraño color oscuro, más oscuro y espeso de lo habitual. ¿Podrida, tal vez? Entiendo que esto no tenga ningún sentido, pero aquellos fueron los primeros pensamientos que nacieron de mí.

Dolorido, como no podría describirlo, caí junto a la puerta del dormitorio temiendo perder el conocimiento, mientras una terrible sensación de muerte me invadía. No morí ni perdí el conocimiento. Permanecí inmóvil por varios minutos recostado en el suelo, intentando asimilar lo que había sucedido. Imposible. Logré arrastrarme hasta la cama y caí dormido, exhausto.

Al día siguiente, continúe mi vida con total normalidad, a pesar de que no podía sacarme de la cabeza lo sucedido la noche anterior, por supuesto. ¿Cómo explicarlo?, nadie me creería. Yo no me lo creía. ¿Podría haberlo soñado, acaso? ¿Era posible?

En mi pecho continuaba ese leve malestar, lo sentía como una constante amenaza, pero que no llegaba a entorpecer mis tareas. Intenté apaciguar mi curiosidad consultando en distintos hospitales por teléfono desde el anonimato o por algún sitio web, tal vez por miedo a conocer la real naturaleza de lo que se estaba conformando dentro de mí, pero ninguno de los médicos supieron darme una explicación a lo que les describía. Me aconsejaron hacerme estudios, por educación, creo yo, en general esas peticiones venían acompañadas de suspiros y el consejo de visitar a un psiquiatra, ya que «la cabeza, a veces, nos pone trampas o nos juega bromas».

Prácticamente el mismo episodio ocurrió la semana siguiente, y con el pasar de los días una tercera vez. Estos ataques se presentaban sin síntomas previos ni acarreaban grandes consecuencias en los días posteriores. Como la muerte, y a las pocas horas la reencarnación, renovado, pero allí en ese mismo cuerpo averiado.

Estos episodios parecían encontrar su período de paz una tarde entre el almuerzo y el fin del trabajo. Camino al subte D, entre juramento y Mendoza, recordaba un texto que había leído días atrás y que curiosamente había sido guardado casi intacto en mi memoria, decía así:

«En el reflejo de la luna, que se esconde detrás de tus ojos, anida la víspera de lo que hoy ya no es, pero que gracias a tu piel y a la mía alguna vez supo nacer. Así, logro hoy apartarme unos instantes de la normalidad que nos encierra bajo este sol, el mismo de ayer, tal vez, pero como un niño que presencia su primer sueño frustrado, engañado por aquella ingenuidad que ya no recuerda, hoy lo reconozco distinto. Hoy ya no calienta como ayer, no encandila, sino tan solo alumbra y se conforma con estar. Entiendo por fin que aquella luna ahora le corresponde a alguien más y que ciertas cosas están, simple y tristemente, más allá del alcance de la mano».

Mantuve mi cabeza ocupada con esta idea de que ciertas cosas están más allá de lo que podemos manipular, pero estas vienen de la mano, se me ocurre, de otras que son más accesibles a nuestras posibilidades. Intenté convencerme de esto, lo necesitaba. Tomando

como ejemplo aquella luna que se aleja. Con su huida, presenta la oportunidad de alejarme yo de ella también, como así los distintos caminos que quizás la oscuridad sabe reconocer. Uno puede perseguir caprichoso lo que eligió alejarse, o puede buscar las oportunidades que la nueva situación ofrece.

La dirección en la cual yace la ruta parecería estar marcada, me entretengo pensando en este día caluroso. Así conduzco hacia donde ella me lleva, esperando inquieto la rotonda donde poder retomar. Pero la rotonda se esconde entre kilómetros y kilómetros de incertidumbre, mientras el cielo malhumorado no se preocupa por enviar una señal. Esa maldita señal que tonto espero y espero (la creencia de que la solución viene de afuera). En el mapa la dirección parece ser otra y así discute con el cartel que insiste siga derecho y no me desvié del camino asegurado. Este, que fue premeditado por algún otro, para que así no siguiéramos sus errores. Pero el caer del sol corre su foco e ilumina la letra chica, esa que aclara que el error también es premeditado después de todo. Cuántas historias por allí repartidas de maravillosos planes que conocieron el fracaso. Así, por el momento, lo mejor es ignorar algunas de estas tantas indicaciones e ignorar esa moral, la que no deja ver hacia el costado, así, por hoy al menos, me deslizo hacia el césped y me pierdo en busca del atajo. De mi atajo.

De esta manera fue que aseguré el lugar indicado, en el tercer vagón de la línea D.

***

—Lu, cebame un último mate, por favor —le rogué mientras hacía un esfuerzo por levantarme de la cama.

Ahí estaba ella, sentada bajo la ventana que daba a la calle Beruti, con la pava al lado de su brazo izquierdo, aunque siempre terminaba por cruzar su mano derecha para alcanzarla. Siempre torpe con la zurda. Ella era una de esas personas que se llevan bien con la mañana. Al levantarse se recogía el pelo, y enfrentaba el sol con un contagioso buen humor.

Nos habíamos conocido en un taller de literatura, ambos niños prácticamente, con veinte años en nuestros hombros y con mucho entusiasmo, buscando nuevas experiencias. Aún vivía en lo de mis padres en ese entonces, en Avellaneda. El curso demandaba dos viajes en colectivo, pero realmente no importaba demasiado, ya estaba acostumbrado para esa edad (muchos familiares se encontraban por Belgrano y Vicente López, otros en Pilar).

Ella, sin embargo, venía de Mendoza, donde dejó a sus padres al terminar el colegio, para marcharse a vivir por su cuenta en una habitación por el centro de Buenos Aires. Buscaba tener más posibilidades de estudio, según me confió una vez. No porque allí no las tuviese, tenía que ver más con una fantasía que acarreaba ya hace unos años, creo yo, de enfrentar el mundo por su cuenta. Mujer fuerte, aun siendo niña. Fuerte, dura, difícil.

Bajo esa ventana ubicó su almohadón favorito por sobre la alfombra. Allí acostumbraba a leer. Se despertaba temprano para poder hacerlo antes de tener que ir a cumplir con sus estudios. No le entusiasmaba demasiado leer de noche, la luz artificial, la que le brindaba las lámparas, le entorpecía la vista, le producía fuertes dolores de cabeza. Siempre tan dulce al fruncir las cejas y al torcer la

boca cuando algo la entristecía. Sus ojos tenían un brillo particular, que conectaba la melancolía con la dulzura de lo insignificante.

Todas las mañanas me despertaba de esa manera: con ella sentada a los pies de la cama, bajo su ventana, sobre su almohadón, con su novela en mano, con la pava a su izquierda, y el mate siempre listo para quien deseara unírsele. Al verme mover en la cama, se disfrazaba de despertador y, dulcemente, comenzaba a leer en voz alta, continuando con su lectura, o a veces citando alguna frase que habría destacado del resto anteriormente, adoptando una prolija voz ensayada (cual maestra de jardín lee un cuento a sus niños).

Cruzaba sus piernas, con su pijama aún puesto y sus medias blancas y, mientras leía algún fragmento que le llamaba la atención, buscaba un lápiz, marcaba y continuaba leyendo, jugando suavemente con la punta de este rozándole los labios. La saludaba, aún a medio despertar, y me hacía un gesto con el dedo índice hacia arriba, indicándome que debía aguardar unos segundos más antes de interrumpirla. Terminaba con su capítulo, cerraba el libro, me miraba, sonreía y:

—Buen día, mi amor.

***

Llegué por fin a la estación de subte donde esperaba por mí (así lo creo ahora) ese asiento vacío. Me acomodé entre un señor mayor y lo que aparentaba ser un estudiante de abogacía. Claro está que no podría saberlo a ciencia cierta, pero algo en su vestimenta y en su mirada lo delataba. Debo admitir que jamás sentí ningún tipo de admiración por estos. Bien podría haber sido también un desdichado estudiante de ciencias políticas, ilusionado ante una utópica idea que requiere más valor y poder del que jamás podría contar, o bien otro perverso más que desde su sillón disfrutaría de ver el pueblo arder.

(Mientras cuento esta historia, la puedo observar ahora, en lo que era nuestra sala, completando uno de sus crucigramas, tarareando aquella melodía que no podría olvidar jamás, aquella que utiliza como escudo, como refugio para escaparle a ciertos pensamientos. María, por siempre linda, el tiempo jamás podrá cambiar eso. ¿Qué estaría pensando? Su mirada, si la admiras con atención, la deja al descubierto, y aunque su canto parezca llamar a un relato bañado en una alegre ingenuidad, en su pensamiento crece una atropelladora tristeza. Creo que todavía me extraña. Yo también lo hago y será por siempre mi condena).

En la línea del subte D me encontraba entonces, entre aquel anciano y el abogaducho, ahí fue donde la encontré por primera vez. Perdida entre tantos, descubierta y extraviada ya por otros. Sus desafortunadas experiencias la habían empujado hasta mí, hasta ese tren. Si ese nuevo destino que inventaríamos sería mejor que los pasados, lo descubriríamos juntos, pero después de todo, ¿cuánto poder de decisión tenemos realmente sobre estas cosas? Por momentos creo que ninguno, por otros, en los días en los que me siento más

fuerte, me convenzo de que contamos con todo el poder del mundo para inventarnos estas situaciones. Qué fácil es refugiarse en el cuento del destino, qué cobardes en ocultar nuestros miedos y fantasías tras él, pero, como sabemos, es más fácil ocultar estos por fuera de nosotros. Quema la responsabilidad. Nos volvemos expertos en estas prácticas, y luego se nos convierte en un gran misterio descubrir por qué nos sucede lo que nos sucede. Uno se pone las vendas en los ojos y después se queja de no poder ver, somos una auténtica obra de arte.

Ella parecía estar atenta a las estaciones, esperando su parada ya cercana seguramente. Yo atento a sus movimientos para reaccionar apenas ella lo hiciera. Cuando el subte dejó la estación Callao, ella se puso de pie y se aproximó a la puerta, así lo hice yo también. Bajaríamos en Tribunales. No había ningún plan ni alguna idea concreta que me guiase, pero no podía perderla así como así, debía poder hacer algo más. Improvisar sobre la marcha, muchas veces es una buena solución para librarse del enredo de los pensamientos.

Al salir del subte, caminó unos metros y se sentó bajo un árbol en la plaza General Lavalle. Dedicó unos segundos al Teatro Colón y después, de su cartera, sacó un libro y comenzó a leer. Caminé justo por delante de ella y pude distinguir que leía poemas de Mario Benedetti. Linda como nadie y amante de la poesía, cada vez más convencido de que debía acercarme; de modo contrario, la directa consecuencia serían noches sin poder conciliar el sueño, me conocía demasiado bien. Me recriminaría una y otra vez la cobardía que me ata generalmente en este tipo de ocasiones, y allí les abriría de nuevo la puerta a las malditas migrañas que parecen siempre estar buscando su oportunidad ante una mente fatigada.

Tomé asiento en uno de los bancos de la plaza y me aseguré de no perderla de vista. Pensé infinitas estrategias para acercarme, pero ninguna lograba convencerme. ¿Qué podría estar haciendo allí? ¿Matando el tiempo para cumplir con algún compromiso? ¿Esperando a alguien tal vez? ¿O tan solo disfrutaba de pasar el día de este modo? Inmediatamente, me di cuenta de que me había traicionado, la improvisación se había convertido nuevamente en una nebulosa de dudas y cuestionamientos.

Recordé un comentario que me habían hecho días atrás, acerca de un centro cultural donde escritores podían subirse al escenario y leer libremente lo que ellos desearan. Esto podría servir para comenzar una conversación, no era nada especial pero suficiente. Decidí entonces acercarme e invitarla. A paso firme me acerqué a ella y me presenté.

—Hola, disculpa las molestias —dije tropezando con mi timidez—. Soy Pablo, antes que nada —intenté volver a empezar.

—María —respondió sonriente mientras me extendía el brazo para

que la ayudase a levantarse del pasto.

—Un gusto, me acerqué porque no pude evitar notar lo que estás leyendo y creí que podría interesarte saber que cerca de acá, este sábado, va a haber una lectura abierta de poesía para el que se anime. ¿Vos escribís?

—Me encanta escribir, y me gustaría mucho poder ir el sábado, pero lamentablemente estoy ocupada, gracias igual por la invitación, seguro no va a faltar oportunidad —respondió haciendo una mueca con su boca simulando estar apenada.

—Disculpa que te pregunte, pero ¿escribís solo por pasatiempo y tenés algo publicado que pueda leer? —le pregunté con una sonrisa, haciendo un gran esfuerzo para calmar mi respiración que se aceleraba a pasos agigantados.

—Lamentablemente, no tengo nada publicado todavía, me encantaría hacerlo y para serte franca estoy trabajando en eso, pero aún me falta.

—Bueno, será cuestión de esperar un poco entonces —le dije mientras me revolvía el pelo con la mano derecha confirmando mi incapacidad total de permanecer tranquilo.

—¡Ojalá! —dijo abriendo los ojos y soltando una risa un tanto forzada—. Gracias por la invitación, Pablo, de verdad, voy a tener en cuenta este lugar para más adelante. Que tengas un buen día —dijo a modo de despedida y volvió su mirada al libro.

—De nada, María, un gusto, nos vemos. —Le sonreí y me alejé de la plaza, un tanto confundido pero satisfecho. No había logrado nada y a la vez mucho. El simple hecho de haber podido vencer mi infinita timidez me llenaba de entusiasmo. Esa noche dormiría bien, no tendría qué reprocharme.

***

Vieja loca, aquella que vivía por encima de nosotros, en el 4B, ¿Cómo olvidarla si fue símbolo de época? ¿Te acordás, Lucía? Convencida de saber tocar la flauta, andá a saber en qué realidad se encontraba, pero en un punto se cruzaba con la nuestra. Siempre puntual, a la hora del mate. Vieja desquiciada.

Lucía se reía mucho con ella. Jugaba a hacerle los coros desde nuestro departamento, la vieja no la escuchaba, claro está, pero aun así. No lo hacía para ella realmente. Se divertía con la vieja, sin dudas, con algunas excepciones igualmente. Cuando coincidía su hora de lectura con el improvisado concierto de la anciana, se ponía furiosa y empezaba a gritarle barbaridades por la ventana. Inútil. Habitaban dos mundos distintos, en tiempos distintos, probablemente. Pobre vieja. Pobre Lucía. Jamás se encontrarían y, aun si lo hubieran hecho, habría sido en vano.

Extraño su cantata hoy en día. Pobre viejita. En sus desafinaciones ella era feliz, en cada nota un recuerdo y en cada llanto un duelo. Rara vez lograba terminar con su melodía, siempre se interrumpía ahogada en su propio llanto o en sus carcajadas para bien de los vecinos, pero no para mí. Algo de la inconclusa sonata me llenaba de melancolía, nada puede quedar allí sin un cierre, y es que no nos dejará si no lo tiene, seguirá prendido a nuestro cuello por siempre. Pobre vieja, pobre sonata, mal interpretada, desgastada y rara vez escoltada a su final, encerrada en las posibilidades de su intérprete. El final para uno, la incertidumbre para el otro. ¿Qué hacer ahora? La vieja ya no la toca y no puede hacer más que esperar a que alguien vuelva por ella, que alguien le permita su expresión. Verla volver a intentarlo para así encontrar su cierre. Desdichada melodía, te comprendo.

El sol, ahora por detrás, golpea mi espalda y le da vida a mi sombra que avanza por delante de mí. No hay más que seguirla, ella siempre lo hace conmigo. ¿Cómo abandonarla ahora? Confía desconfiado.

Allí estaba Lucía, quieta y dulce, como aquellos libros que dan ganas de escribir, o sueños que dan ganas de soñar. Así se sueña con la realidad de otro y se vive en el sueño de alguien más. Corremos nuestra propia cola hasta caer agotados.

Cierro los ojos y vuelvo atrás. Me acerco a Lucía, beso su tatuaje, beso su cicatriz, la beso en su promesa y en su fantasía, y, cansado, vuelvo a dormir.

***

«Con el vidrio empañado, a veces se ven mejor ciertas cosas», pensé mientras arrancaba el 59 por el barrio de cañitas. Las gotas de la lluvia se deslizaban por el vidrio, aquellas que había, lograron filtrarse al interior conmigo, y me permitían descubrir algunos objetos al azar allá afuera, desempañando el trazo a su paso. Jugaban a tapar temporalmente lo que tal vez no necesitaba ver, todo lo que desviaba mi atención de lo que tendría que estar viendo en realidad. Podría ser. Entregarme al azar me lastima el ego, me inclino generalmente hacia el costado donde suele acomodarse la causalidad.

Al toparme con el aburrimiento, mi mente suele escurrirse hacia pensamientos un tanto abstractos. Por momentos, la mejor forma de interpretar la realidad que a veces damos por sentado es a través de estos. Ciegos, a menudo la dejamos en manos de la sencillez, pero allí no corresponde; nada ni nadie corresponde a ese lugar por lo general. No pongo las manos en el fuego por todos. No sea cosa que... vaya uno a saber. Pero las cosas o las personas se vuelven «simples» cuando se siguen caminos/pensamientos estereotipados, cuando uno se separa de su esencia. ¿A qué le tendremos tanto miedo? ¿A ser diferentes? ¿A quedarnos solos?

Gente sin rostro, colores sin formas, árboles desfigurados y por allí perdido un pañuelo, nítido, buscando hacerse notar, llamando mi atención de una forma obvia, caído en la calle, olvidado o simplemente dejado atrás. No podemos llevarlo todo sobre nuestros hombros, algo debe irse, algo debe de quedar atrás, olvidado. Chau. Como las luces de los autos, que brillan más que nunca bajo este día lluvioso tras la ventana. En momentos así, ciertos pensamientos se vuelven más claros, más sugerentes. Quisiera que todo fuese más sencillo, pero, como descubrí en mi experiencia, cuando algo se vuelve

más nítido, otra cosa pierde certezas, como si el sentimiento nuevo le robara la espontaneidad al que sabía mostrarse hasta hace solo un momento. Entonces este, golpeado por el arrebato de su vecino, se ve en retrospectiva ahora empequeñecido, ridiculizado, sin siquiera comprender cómo llegó allí en un primer lugar (cuando uno se valora desde la mirada de un otro, todo, absolutamente todo, se vuelve cuesta arriba). Ocurre igual con las ideas o las convicciones. Nuestro nuevo apoderado entonces aprovecha su tiempo pujando por recibir respuestas (¿quién no lo haría? ¿Quién no lo hace?) apresurado, porque este sabe también que es cuestión de tiempo para que el deseo del mañana lo deje atrás, como la lluvia de estas horas o este pesimismo contagiado que no me corresponde. Así vamos por la vida, corriendo de un lado a otro, saltando de un sentimiento a otro. No tenemos idea ni quiénes somos ni qué deseamos realmente y ese vacío nos acompaña siempre. Aquel sujeto fue uno ayer, es otro hoy, y será otro mañana. Las cosas simplemente cambian.

Afasias temporales amenazan mis discursos al toparme con tu silueta, aunque esto suceda tan solo en mi mente. Maldita histeria, la que traduce melancolía en malestar y una puntada en mi brazo me recuerda que las cosas perdieron su rumbo, al menos aquel que se decidió tomar en un principio. Cuando todo es tan claro suele ser falso, cual portada de libro donde un título solitario parece intentar categorizar un mundo entero, pero este está tan lejos de su nombre, apresado siempre en los límites del lenguaje. Siempre marcando los límites del juego. Todo lo que está por fuera, no vale, no existe.

Me encuentro ahora refugiado en un café, frente a la plaza Libertad sobre la calle Alvear, ganando unos instantes fuera de la rutina para así obsequiárselos a mis inquietudes, dejarlas correr libres por al menos unos minutos. Con pensamientos en tinta y ella abrazada al papel se gana en perspectiva. Siempre fue así, al menos para mí.

El diario de hoy llora por el ayer. Prefiero no leerlo, por primera vez en un largo tiempo quiero ocuparme del ahora. Después de todo, pareciera que me tiene de regalo un nuevo truco para encantarme una vez más. Entre poemas yace su alma, entre renglones encuentro sus gestos y entre mechones de pelo oscuro, su sonrisa. Por fin una sonrisa entre tanta quietud.

«María». Se siente bien cambiar de nombre. Ya era hora.

Entre la música de la radio y discusiones de política que escapan de mesas cercanas a la mía, espero aquí sentado volverla a ver, ¿por qué no habría de hacerlo? ¿Acaso no nos habíamos encontrado porque así alguien lo habría querido? Yo lo había querido para empezar a hablar. Solo el tiempo lo podría decir con certeza, mientras tanto mi segundo café viene en camino y por primera vez estoy tranquilo. Raro en mí, como el pensamiento de que algo o alguien la habría puesto en mi

camino intencionalmente. ¡No es momento de ridiculeces del destino, che! Otra vez con eso. Voy a intentar no acercarme más a esas cuestiones, uno se debilita cuando le entrega tanto protagonismo a un concepto que no termina de comprender.

Afuera, el viento despierta hojas caídas, para recordarles que aquello fue tan solo una etapa, y aunque el tiempo las haya bajado de su copa, hay muchas formas de reencontrarse con el cielo. Se vuela de a intervalos. Hay que entenderlo.

***

Caminando por la calle Suipacha, me encontré con un viejo amigo del colegio, éramos muy unidos algunos años atrás. Nos sorprendimos gratamente al vernos y accedimos a regalarnos unos minutos el uno al otro para ponernos al día.

Nos sentamos en un bar y pedimos un café.

—¿Cómo estás, querido? —pregunté con genuino interés, mientras levantaba la palma buscando llamar la atención del camarero.

—Todo bien, Pablito, disfrutando de la familia, alejado por el momento de todo tipo de problemas, por suerte. Dejé mi laburo y me dediqué a un proyecto propio, así que, como te podrás imaginar, estoy muy entusiasmado.

—Cuánto me alegra escucharte decir eso, ¿querés contarme un poco de qué se trata? —le propuse.

—Tal vez en otra oportunidad, ahora no desaprovechemos el poco tiempo que tenemos, cualquier cosa es mejor que hablar del laburo. ¡Dale!, contame cómo estás vos. ¿Qué es de tu vida, hermano? —preguntó haciendo todo tipo de gestos con las manos, dando prueba del entusiasmo previamente mencionado.

—¿Puedo serte sincero, Julián?, odiaría repetir el mismo discurso de todos los días con vos —dije mostrándome algo cansado.

—¿Qué pasa?, contame tranquilo, que si lo necesitas, nos hacemos todo el tiempo del mundo.

—No estoy en mi mejor momento realmente. Mirá, tiene que ver con Lucía, no estoy seguro de que la hayas llegado a conocer, mi expareja, no suelo hablar de estas cosas, pero el ayer me está ganando la pulseada, está ocupando más lugar del que debería.

—Claro que la conocí, gilastrún, nos juntamos en tu casa a cenar varias veces, ¿dónde tenés la cabeza? Mirá, el ayer ya no existe, Pablo,

ya pasó, ya está, y si este castiga es porque uno le da las armas para hacerlo, ¿no te parece? Traé tu cabeza de vuelta al presente, che, dejate de joder con cosas, ya no están.

—Sí, puede ser, pero no es tan fácil —respondí—, dejame explicarte lo que quiero decir. ¿Cómo podríamos determinar qué existe y qué no? Te lo digo por esto que me decís de que el pasado ya no existe. ¿Su presencia es real? ¿Acaso su recuerdo es real? ¿Lo que creo de mí mismo es real? Te confieso que en este momento no sé qué tan realista es mi realidad, mi vida parece un cuento fantástico. Mi trabajo me tiene todo el día llevando documentos de un lado a otro. ¿Lo que llevan esos documentos acaso es real? Nacieron de invenciones, ¿cuándo dejaron de serlo? ¿Qué los hace reales? ¿La tinta? ¿El papel? ¿Un sueño es acaso real, entonces? Y si no lo es, si lo transcribo en papel al despertar, ¿esto lo convertiría? La noción de realidad es algo tramposa, un concepto hecho para descartar cosas que no terminamos de comprender. Todo aquello que va un poco más allá no lo consideramos parte de la realidad, pertenece al plano de lo abstracto, y lo abstracto, al no ser medible, se convierte en un término poco serio. La cabeza me da vueltas Juli y entonces pienso: existen al menos dos tipos de realidades, me parece entender, y a esto quiero llegar. Por un lado, tenemos la que tiene que ver con uno, la que involucra las fantasías y nuestra historia personal, la que da significados a los diferentes símbolos, a las situaciones, ¡al mundo entero! En segundo lugar, la realidad con los rasgos característicos que todos compartimos, la realidad que une nuestras realidades. Un espacio en común, podríamos llamarlo. Como un reflejo que sabe estar allí, real para nuestros ojos, pero que al dar un paso al costado, esta desaparece, depende completamente de nuestra percepción. Entonces la existencia, como así la realidad, la podemos entender como una cuestión de perspectiva y no mucho más que eso.

—¿A qué querés llegar, Pablito? Me estás perdiendo. ¿Qué tiene que ver todo esto con Lucía? —volvió a preguntar acomodándose en la silla, se lo notaba más inquieto que hasta unos momentos.

—A lo que dije antes, Juli, ella y yo existimos una vez en esta realidad que compartimos, esa que te involucra de alguna forma, pero todavía lo hacemos en la otra, en mi mente, créeme que cuando cierro los ojos, ella es más real que cualquiera de nosotros. Con poco esfuerzo puedo sentirla como si estuviese acá al lado mío, ¿me estoy volviendo loco?

—Mirá, puede ser que tu pasado encuentre tanto lugar en tu cabeza justamente porque el hoy no lo está ocupando. Déjame preguntarte, ¿estás feliz con lo que hacés hoy en día?

Esta pregunta despertó algo. Podía sentir cómo, poco a poco, esa sensación desagradable despertaba de nuevo en mi pecho. Respiré

profundo e intenté seguir con la conversación.

—Hoy en día los estudios y el trabajo ocupan la mayor parte de mi tiempo, pero justamente hace unos días conocí a una mujer, por un momento nada más, pero alcanzó para desempolvar una buena sonrisa. Esta chica, María, es un respiro, Juli, y realmente necesito respirar.

—¿¡Ves!? —gritó golpeando la mesa con ambos puños, visiblemente entusiasmado nuevamente—. Me pasó a mí también confundir el deseo de estar con una persona con el deseo de sentir lo que se sentía cuando estaba con ella, ¿me hago entender?

—Creo que sí. Este tipo de pensamientos me robaron el sueño estas últimas noches, y lo entiendo, no creas que no, pero aun así no puedo evitar que Lucía se filtre una y otra vez en mi cabeza.

—Alguna vez me sentí como te sentís en este momento, se me ocurre que dirigirnos una y otra vez al pasado es por la angustia que hoy te vuelve loco, más que por las virtudes de lo que hoy ya no está. Acá el problema no es Lucía, acá el problema es que no te bancas estar solo, necesitas a alguien al lado para disfrutar la vida y esa dependencia es peligrosa. Necesitas encontrar algo que te motive.

—¿Qué querés decir? —volví a preguntar algo incómodo, sabía que si vomitaba ese extraño líquido negro allí frente a todos, mi vida se volvería patas para arriba.

—Necesitamos objetivos, Pablito, metas claras para darle sentido a nuestros días. Si no contamos con estos, nos sentimos incompletos, a la deriva, y de a poco dejamos de encontrarle sentido al resto de las cosas. Esto claramente va a generar angustia, es lógico, porque se genera como una especie de vacío, y, como bien sabes, en este estado es más fácil refugiarnos en el consuelo del «perfecto» ayer. Pero su historia no era perfecta, y vos lo sabés muy bien, Pablo. Dejate de joder, ¿o ya te olvidaste cómo se peleaban cada dos por tres?

Miré la hora en mi reloj y noté que se me estaba haciendo tarde para volver a la oficina, era una buena excusa para escapar de una situación que comenzaba a superarme. Nos saludamos con un abrazo y nos prometimos no volver a dejar que tanto tiempo se interpusiera entre nosotros.

«El perfecto ayer». ¿A quién quiero engañar?

***

La objetividad es la gran puerta de entrada hacia la esencia más pura de las cosas, la cual siempre va a estar cerrada para todos nosotros. Un pensamiento que me sorprendió después de compartir tu recuerdo con un amigo, Lucía. «Esto es lo que es y punto», nos decimos, pero no tenemos forma de verlo desnudo. Desde el primer momento, lo cubrimos con nuestros pensamientos y emociones, con lo que ya sabemos y con lo que ya creemos. Para ponerlo en palabras más acertadas: con lo que creemos saber (que es aún más peligroso). Entiendo que es mejor no tomar absolutamente nada por sentado entonces. Sin «seguros» es mejor. Nuestras certezas nos condenan a la repetición.

¿Cómo decir con seguridad si algo es gracioso? Me pregunto, como ejemplo, si para otro eso mismo puede ser considerado agresivo. ¿Cómo apartarme de mi lente para verte tal cual sos? ¿Cómo atesorar un momento, si hasta donde entiendo, ese otro que lo compartió conmigo podría haber estado atravesando una ola de aburrimiento? La «verdad», lamentablemente, es una realidad a la que no llegaremos jamás, y debemos conformarnos con lo que nos es dado. La historia que elegimos contarnos, esa historia que no compartimos con nadie, aun creyéndonos acompañados.

Cada palabra corre el riesgo de no ser escuchada, de perderse a la deriva en el viento, pero ellas apuestan su eternidad por el simple anhelo de llegar hasta donde se prometieron. Ser escuchadas, interpretadas, ser parte de aquellas frases que nunca se olvidarán, enlazarse, tramposas, a una escena en particular, a un sentimiento, para hacerse eternas; hasta el punto de convertirse en nuestras propias enemigas, cadenas invisibles que nos quitan flexibilidad. Hoy no te encuentro sonriendo como lo hacía ayer, y con el pasar de los días,

uno se pregunta si aquellas palabras guardadas en el recuerdo fueron realmente dichas, o si así se quisieron interpretar. Olvidamos palabras y las reemplazamos con otras, aun sin ser conscientes de ello, a veces hasta olvidamos la frase entera y la reinventamos completamente, seguramente de esta forma se ajuste mejor a lo que buscamos, o todo lo contrario, lo determinará si buscamos relanzarnos o castigarnos.

Te extraño, aunque nada de esto se trate de vos, lo hago. Te atrincherás atrás de mis ojos, filtrándote en todo lo que veo, Lucía; jugando y divirtiéndote con mis confusiones, riéndote de mis intentos frustrados de risas ingenuas. Se trata de mí, no de vos, acá ya no estás, pero me es fácil inventarte. Demasiado fácil. Sos una constante proyección de mis miedos y hoy en día parezco temerle a todo.

¿Qué estarás haciendo? ¿Mordiéndote los labios al hacer el amor con un nuevo privilegiado, tal vez? Yo también supe perderte en momentos de cama, Lucía, pero cuando cierro los ojos, ya no importa si duermo solo o acompañado. Siempre es igual. La agonía que caracteriza a los momentos previos al sueño.

Cayó la noche y hasta hace unos minutos me dominaba el agotamiento, pero un pensamiento repentino cambió esto para que ahora el cansancio se pierda entre distintos desvaríos: ¿Por qué te pongo en este lugar de privilegio, Lucía? Necesito vislumbrar los argumentos que te dan fuerza. ¿Por qué te ubiqué ahí, tan alto, donde no puedo alcanzarte, donde no perteneces? Nadie pertenece allí realmente. No por tus virtudes gozas de la altura, no te ganaste las alas para volar por sobre mí, Lucía, eso seguro. Fui yo quien te alzó en mis hombros, fui yo el que te concedió las alas. Tu sonrisa se inmortaliza en cada uno de mis sueños, Lucía, y no lo entiendo. Es ridículo pensar que se debe tan solo a tu belleza. No, eso está fuera de discusión. Poco a poco te cubrí, mejor dicho, te disfracé de algo más, te inventé un nuevo aire. Te di otro significado. Libido mal utilizada, podrían decir algunos psicólogos.

Entonces, siguiendo este pensamiento, tu sonrisa ya no refleja tu sonrisa propiamente dicha, sino algo más, mucho más allá de vos. Es un algo que vive tras tu encanto, el que me atormenta con este insoportable insomnio. Algún pensamiento que no tiene el coraje para mostrarse tal cual es, entonces roba tu encanto, Lucía, juega con él, para así vivir en mi conciencia, en mi cuerpo. Tan ciego. Uno le pone coronas a fantasmas.

¿Qué estaría tratando de evitar/ganar con todo esto? Imposible ignorar este aspecto. Nueva inquietud, lo que faltaba. Bueno, «nuevo» es mejor, involucra la obviedad de un cambio. Rescatemos esto, por lo menos. No sos vos el deseo que me atormenta, sino que el deseo tiene que ver con sentirme como lo hacía en aquellos días, esto creo entender ahora. Sos tan solo un recordatorio de una época, la portada

de la revista, pero las páginas hablan de muchas cosas más que nada tienen que ver con vos. Desaparecé de una vez, te lo ruego. Me lo ruego.

***

En los días siguientes empecé a leer más que nunca, intenté descomprimir un poco mi mente con distintos asuntos que ocupasen mi tiempo. Encontré en el ejercicio físico una gran ayuda. A tan solo unas cuadras de mi departamento se encuentra el Parque Las Heras, un espacio verde que invita a respirar. De noche no hay demasiada gente allí. Allí me dirigía después del trabajo para correr media hora casi todas las noches. Poco a poco, estas tareas que me exigía parecían ser insuficientes, necesitaba alguna otra cosa. Recordé entonces a María. María, María. Tenía que haber alguna forma de encontrarla, era ella quien tenía lo necesario para levantarme el ánimo, estaba seguro de ello. Sé que debía poder hacerlo solo, pero mi «condición/ enfermedad» me corría de cerca y debía conseguir ayuda. Algún atajo, una solución rápida que me sirviese de salvavidas y me mantuviera a flote.

Tras dar algunas vueltas a la manzana, me dejé caer agotado en el pasto, entregué mi mirada al cielo y con ella mi voluntad a reprimir ciertos pensamientos. Al levantarme, un folleto pegado en un poste de luz me llamó la atención. Me acerqué entonces para ver de qué se trataba. Era ella, sin lugar a dudas. Una foto, sonriente, con la mirada hacia abajo y un libro en sus manos. Al pie de la foto se lograba leer: «18 de junio, lectura abierta de poesía, en el Centro Cultural Bartolomé Mitre. Invitada especial: María Espíndola, presentando su nuevo libro.

***

Eran las ocho y media de la noche, faltaba media hora para que comenzara la presentación, al menos eso había leído en el anuncio. Allí me encontré con un grupo reducido de personas, debían de haber distribuidas unas treinta sillas, veinte de ellas ocupadas, diez aún vacías. Igualmente, era una buena convocatoria, al menos eso escuché decir a una de las chicas que se encargaban de la organización del evento. Yo esperaba afuera, el aire fresco de la noche me tranquilizaba. Estaba impaciente, me había estado enroscando la cabeza las noches previas, sabía que ya el hecho de tener una segunda oportunidad era demasiado, de no aprovecharla, esperar que la suerte me la ponga en frente una vez más era, por lo menos, ambicioso. Prendí un cigarrillo y fumé mirando cómo los autos iban y venían, esperando, tal vez, verla llegar.

Antes de dejar mi departamento, me había obligado a probarme prácticamente toda la ropa que tenía, hasta encontrar algo que me convenciera. No era una noche más. Pasé probablemente más de una hora frente al espejo, recortando mi barba, peinándome y ensayando frente al espejo algunas palabras. Terminé por decidirme por una camisa rayada blanca y azul, un *jean* y unas zapatillas marrones.

Me preguntaba si me reconocería cuando me viese, me preguntaba si había estado pensando en mí o si sospecharía de mi presencia aquella noche. Entendía que lo más probable era que no lo hubiera hecho, realmente no tendría ningún sentido. Pocos quedan de mi especie. Habían transcurrido ya meses desde aquella vez que nos encontramos frente al Colón. Probablemente pensaría que estaba loco, quizás era mejor hacerme el distraído, hacer de cuenta que no la recordaba, pero sabía que no iba a poder lograrlo. No soy bueno mintiendo y mucho menos en situaciones de nerviosismo, se me

notaría en la cara la felicidad al verla. Igualmente, de ninguna manera le confesaría toda la película que me había montado todo este tiempo, en esta oportunidad no me pegaría un tiro en el pie como ya tantas veces lo había hecho en el pasado. Comprendo que es ilógico, que no la conocía en absoluto, quizás al escucharla hablar, al leer su libro, comprendería que no teníamos nada en común, aun así sabía que era poco probable.

En la entrada del centro cultural ofrecían ejemplares de su poemario, y aproveché la oportunidad para sostener uno y leer algunos de sus poemas. Eran realmente hermosos; algunos más románticos, melancólicos, otros escapaban de esa sintonía e incursionaban en reflexiones muy interesantes, y otros parecían ser complejos desvaríos, con una naturaleza más abstracta. Con estos últimos me sentí extremadamente identificado. Lo abstracto era sin duda lo mío en aquellos días. Sabía que nuestras formas de pensar eran hermanas, y estos primeros versos me lo confirmaban en algún sentido. Es realmente extraño dar los primeros pasos en conocer a una persona a través de sus escritos, es como si, al presentarse, aquella persona se desnudara y te mostrara sus marcas, sus cicatrices y sus sueños. Terminé mi cigarrillo e inmediatamente encendí otro, mis manos temblaban, sabía que debía calmarme y pensé que un trago me sentaría bien. Entré, pedí una copa de vino y volví a salir. Al hacerlo, me topé con ella en la entrada.

—¡Uy, disculpa!, no te vi entrar —le dije rápidamente al chocar con ella, evitando milagrosamente no mancharla con mi copa de vino sin todavía advertir de quién se trataba.

—No te preocupes, no me mojaste, por suerte —respondió aliviada mientras terminaba de inspeccionar su camisa.

Al mirarme, me dedico una mirada dubitativa, como si fuese consciente de que me había visto anteriormente, pero sin estar convencida de dónde ni de cuándo. Yo, por mi parte, al volver a verla y terminar de entender quién era, me explotó el corazón de alegría. Reconocía ese sentimiento; era la misma alegría que me había generado verla aquella vez en el subte, esa esperanza renovada en la vida misma, en el aire que respiraba. Era como si mis pulmones se acordaran de esa primera sensación, de esa primera experiencia de respirar, como si volvieran a enamorarse del oxígeno que los acariciaba dulcemente; era la renovación del espíritu. Ella simbolizaba la resurrección aquella noche de poesías.

—¿Cómo estás, María? —le pregunté—. Un poco nerviosa, me imagino.

—Sí, la verdad que sí —respondió—. Es mi primer libro, jamás había hecho algo así antes. ¿Cómo te enteraste de esta presentación? Dentro sé que esperan por mí más que nada familiares y amigos

cercanos, pero a vos no... Y no hice demasiada publicidad del libro, la verdad, ¿cómo te enteraste?

—Bueno, en primera instancia me enteré porque en la plaza que está cerca de mi departamento pegaron un anuncio sobre un poste de luz, y te reconocí inmediatamente.

—¿Cómo que me reconociste? ¿A qué te referís? —preguntó y se me quedó mirando intrigada, haciendo un gran esfuerzo por ubicarme en algún sitio—. Yo estoy casi segura que nos vimos anteriormente, ¿verdad?

Era normal que no me recordase, es más, hubiese sido extraño que lo hiciera, para ser honesto.

—Sí, hace unos meses, no creo que te acuerdes. Pero hace algunos meses me acerqué a vos en una plaza frente al Colón, estabas leyendo un libro de Benedetti y te comenté que había un centro cultural con micrófono abierto y que invitaba a cualquiera que se animara a recitar sus escritos. Pero fue una charla muy breve, entiendo perfectamente que no lo recuerdes.

—Sí me acuerdo, ahora que me lo decís, me acuerdo perfectamente. Qué loco verte acá de nuevo, muchas gracias por venir, antes que nada.

—No, por nada, es realmente un placer, para serte sincero, tenía ganas de volverte a ver.

Al decirle eso noté que me miró algo extrañada, hasta quizás algo incómoda al no saber cómo reaccionar a mis palabras. Tras algunos segundos de indecisión, extendió su mano y se presentó: «María Espíndola». A lo que yo respondí: «Pablo Echeverría».

—Bueno, Pablo, una vez más, un placer. Te veo adentro, necesito ir entrando y empezar a preparar todo. En diez minutitos empiezo con la charla. Te quedas, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—Genial, te veo adentro.

La presentación fue breve, unas simples palabras, algunas preguntas, seguidas por respuestas cortas y directas, se la notaba nerviosa. Para finalizar, se repartieron algunos libros para quienes los quisieran y la posibilidad de hacerlos firmar por ella. Por supuesto tomé uno de ellos, me acerqué a ella cuando llegó mi turno. Le sonreí sin decir nada, ella me devolvió la sonrisa, lo firmó y volví a salir sin antes tomar otra copa de vino de la barra. Desde fuera podía verla a través de la ventana, cómo recibía los libros uno a uno, con una sonrisa genuina, con su copa de vino intacta a su lado, contenta, con ojos brillantes, charlando con los amigos y familiares que se acercaban. Se la veía entusiasmada, y no era para menos, su libro era realmente algo más, al menos eso había sentido al leer rápidamente algunos de sus poemas.

Esperé algunos minutos más, encendí otro cigarrillo y mientras lo hacía, salió ella también.

—¡Uf!, qué bueno que ya haya pasado todo eso, necesitaba algo de aire. ¿Me convidas uno?

—Sí, obvio. Tomá. ¿Por qué decís eso? Se te veía muy bien ahí dentro.

—Sí, sin duda es una noche hermosa, pero bueno, la verdad que nunca fui de dar discursos o charlas o cualquiera de estas cosas. Si te contara las dificultades que tuve para dormir estas últimas semanas, te matarías de risa —me confió mientras protegía su cigarrillo con la mano del viento que le apagaba la llama del encendedor.

—Tuve la oportunidad de leer rápidamente alguno de tus poemas, son realmente fantásticos, te felicito.

—Bueno, muchas gracias. ¿Sos de leer poesía o estás haciendo una excepción conmigo?

—Disfruto mucho de la poesía desde hace algunos años, agarré el hábito de leer ya de grande, la verdad. Yo mismo escribo, y la verdad me siento muy identificado con tus formas, con tus palabras, con tus versos, con tus modos de decir las cosas. Hablas con una profundidad y con una simpleza que te atraviesa, realmente te felicito, es muy lindo lo que hiciste. Igualmente ya tendré tiempo de leerlo con más calma como corresponde.

—Muchísimas gracias, realmente, no sé qué decirte. Todavía me cuesta creer que hayas venido —volvió a decir soltando el humo de su cigarrillo, como retomando una conversación que nos habíamos saltado.

Me tomé unos segundos para responder, procurando evitar su mirada, sosteniéndola en los autos que continuaban con su andar y en el humo de mi cigarrillo. Entonces, retomé la palabra.

—María, la primera vez que te vi me acerqué, porque vi algo en vos que me cautivó, no quiero asustarte ni parecerte extraño, pero es la verdad, cuando vi tu anuncio fue como si algo me dijera que tenía que venir, que no podía faltar y, con todo respeto, me encantaría invitarte un café cualquiera de estos días, el día que te venga bien, y podemos seguir hablando un poco más de tu libro, entre otras cosas.

Me miró, lo pensó un poco, fumó una pitada más de su cigarrillo y lo tiró a la calle, tomó un sorbo de vino y me dijo:

—Mirá, me compraste un ejemplar, ¿verdad?

—Sí, me lo firmaste y todo.

—Verdad, verdad. A ver, dámelo un segundo.

Tomó mi libro, volvió a entrar con él y, dos minutos después, salió nuevamente.

—Pablo, un gusto, espero saber de vos pronto, tengo que hacer unas cosas.

Apretó mi mano ensayando un saludo formal, y volvió a entrar al recinto uniéndose nuevamente con sus amigas. Me volví nuevamente a la calle confundido, terminé mi cigarrillo, abrí el libro y leí un número de teléfono.

***

Pasó ya medio año desde aquella noche en que nos conocimos. Mi día a día adoptó su perfume y mi *placard* su ropa. El departamento se fue maquillando con nuevos adornos y mi cabeza con nuevos pensamientos. Bienvenidos sean. Ella ocupó los espacios vacantes en mi vida, como también logró robarles su lugar a otros. Hacía semanas ya que no experimentaba ningún malestar. Me sentía bien y todo aquello, poco a poco, parecía convertirse en un mal sueño, un capítulo terminado.

Con los mates y la luz de la mañana disfrutábamos de compartir sueños y fantasías, disfrazándonos de psicólogos farsantes. Buscábamos significados en las sombras y respuestas a preguntas que nos confundían. Sabíamos pelear y reconciliarnos, familiarizándonos con el ritmo del otro. Cuando me encontraba con sus miradas amenazantes y ella con mis palabras filosas, acudíamos al silencio por un rato; entendíamos que todo aquello era cuestión de tiempo, y el tiempo tan solo necesita tiempo después de todo.

Sabíamos crear intervalos en la indiferencia, con miradas piadosas, hasta que, por fin, alguno sujetaba silenciosamente la mano del otro, con las palabras aún cautivas producto de un tonto orgullo. Orgullo que sin duda compartíamos y alimentábamos con cientos de mañas.

Éramos dos animales de la misma especie, sin duda alguna. Fue realmente una suerte haberte encontrado, María. Espero jamás dudes que para mí así lo fue.

***

María fue un antes y un después en mi vida. Parecía, después de algunos meses con ella, que los vómitos desaparecían. Pero no realmente. No lo suficiente. Iban y venían. Quizás tenía suerte y no me sucedía por semanas enteras, hasta meses en algunos intervalos, y la ilusión por que no volvieran volvía a despertar, siempre ingenua ante el primer rayo de luz. Pero ahí estaban, ante cualquier tropezón. No les tomaba mucho para presentarse: un mal día en el trabajo, una pelea con María, una pesadilla, un recuerdo...

El sol ya se escondía por detrás de los edificios y el calor parecía ceder terreno. Aproveché la calma para escribir un poco. Siempre me fue de mucha ayuda descargar mis pensamientos en el papel. Placer que pocas cosas me sabían dar. Me acomodé en la mesa, acerqué un banco, puse la pava para el mate y busqué mi pipa.

El tabaco me serenaba. La pava, poco a poco, sufría el calor del fuego y mientras esperaba por que esté lista, me decidí por encender la radio. Busqué la yerba, limpié un poco la bombilla y preparé el mate mientras el agua terminaba de calentarse lo suficiente. De pronto, un muchacho desconocido, al menos para mí, interpretó una vieja canción que solía escuchar mucho en otra época. No pude contenerme, sucedió de pronto. Corrí al baño. Me dejé caer intentando ganar tiempo para no ensuciar más de la cuenta. Esa puta presión en el pecho de nuevo, cada vez más fuerte, cada vez más difícil encontrar aire para respirar y mi corazón, como las veces anteriores, parecía correr intentando escapar de su cautiverio. Podía reconocer la sangre trepar por mi garganta, para por fin escupirla. Una vez fuera, no conseguía recomponerme instantáneamente, me demoraba por lo general hasta el día siguiente. El resto del día me quedaría recostado, mirando el techo, sin ánimos para batallar con los pensamientos que

atacaban una y otra vez. Al comienzo intentaba luchar, exigirme levantarme y retomar mi día tal cual estaba planeado, pero ya no lo hacía. Ahora tan solo me dejaba caer agotado, cerraba los ojos y, como un espectador en el cine, me disponía a observar el castigo que yo mismo me propiciaba.

Uno se acostumbra a sus anormalidades, esta parecía estar destinada a acompañarme hasta mi muerte. ¿Qué podía hacer? Los médicos no parecían ayudar, no había caso, no había nada allí. Me trataban por loco. No estaba loco, era real, todo era real. No estaba loco, no podía estarlo.

***

Luna llena como testigo de nuestra caminata, en lo que era una de las primeras noches del verano. Éramos callados en general, caminábamos de la mano y no decíamos demasiado. Algún suspiro al aire quizás, despojándonos de los restos de rutina y no mucho más.

Las noches nos encontraban cansados, pero nos obligábamos a compartir unos momentos fuera del departamento. Parecía lo más saludable, el encierro y la falta de «momentos de pareja» se pueden hacer notar con una rapidez asombrosa. Mi trabajo y mis estudios ocupaban la mayoría de mi tiempo en aquel entonces.

Compartimos unas copas de vino y fuimos en busca de algún parque. Así nos gustaba estar, solos uno con el otro, compartiendo el silencio y no mucho más. Mucho más contamina lo poco y necesario. Sentados al pie de las escaleras de plaza Mitre, nos vimos cautivados por el cielo; ya sé, son solo trivialidades, pero a la distancia son estos momentos los que más recuerdo. Sencillos momentos que con la persona indicada se convierten en pequeños tesoros escondidos en la memoria.

—Nunca tuve la suerte de ver una estrella fugaz, ¿sabes? —confesé interrumpiendo por un rato nuestro silencio.

—¿¡Nunca!? —preguntó algo sorprendida—. Tenés que dedicarle más tiempo al cielo, che, ¿cómo puede ser? Son más frecuentes de lo que pensás, ya vas a ver.

—Puede que tengas razón, lo que pasa es que al mirar el cielo es fácil perderse en él, en sus estrellas, en su luna, en su oscuridad, llega un momento donde ya no lo miro realmente, me pierdo en su monotonía y mi atención se escapa a otros lugares —dije casi sin pensar en las palabras que pronunciaba.

—¿Estás mirando ahora? —preguntó sujetándome la mano.

—No realmente —respondí devolviéndole la mirada.

—¿En qué pensás entonces?

—Cosas sin importancia, trabajo... No te preocupes, no valen la pena —le mentí, no quería preocuparla en vano, pero aquellos vómitos habían estado siendo más frecuentes últimamente y mi condición parecía lejos de mejorar—. Recítame uno de tus poemas que tanto me gustan, amor, tu voz me relaja mejor que cualquier otra cosa y hoy tuve un día largo, sin dudas me vendría bien. Dale, uno cortito —le pedí devolviéndole la mirada y ensayando una sonrisa farsante.

Amaba la forma en que recitaba sus versos preferidos, en general acudía a Benedetti, su favorito. Sabía que le encantaba que le pidiera estas cosas, después de todo, era su gran pasión.

En lo alto, una luna solitaria
mira hacia abajo con envidia,
buscando lo que nunca encontró.
En la oscuridad de su verdad,

las estrellas la acompañan,
pero ella espera al sol,
que la mira y no la toca
entre promesas sin cumplir.

Así intenta entender lo nuestro,
desconocido para ella,
y en la estrella fugaz que nos lanza,
una pesada lágrima descansa.

—Nunca había escuchado ese. Es algo triste.

—Es que no existía hasta hace un momento, me inspiraste vos con tu cara de culo. ¡A ver si la vas cambiando, eh! —respondió con un tono burlón—. Te amo, Pablo, lo sabés, ¿no?

—Sí, amor, lo sé. Yo también lo hago, solo estoy cansado.

***

Aparecí sentado en una plaza de Buenos Aires, no podía reconocer cuál era, pero era inmensamente amplia y la tarde muy calurosa. Estaba apoyado contra el tronco de un pino que se ubicaba en el centro de la plaza. Con mi anotador en mano, siempre fiel, siempre predispuesto a escuchar lo que tenía para decir. Tenía el presentimiento de que alguien aparecería en cualquier momento para encontrarse allí conmigo. Me decidí a esperar paciente, aunque sin saber bien qué esperaba exactamente. No podía siquiera imaginarme de quién podría tratarse, pero esperaría de todos modos.

Transcribía pensamientos al papel cuando el viento, visitante inesperado, empezó a hacerse notar. Tan solo en unos cuantos segundos se hizo dueño de una fuerza estremecedora y, contra mi voluntad, puso fin a mis escritos. La plaza, velozmente, quedó vacía y creí conveniente seguir el camino del resto, después de todo, ese lugar se había convertido ya en un ambiente bastante hostil.

El viento se había encargado de secuestrar el celeste del cielo para mantenerlo como rehén de las nubes. Ahora me encontraba refugiado dentro de una galería observando la calle, cuando la imprevista tormenta dijo «presente». Desenfundé mi anotador una vez más para releer lo que había escrito hace unos minutos, costumbre que desde siempre satisfago. En ese momento, pude ver cómo la tinta cobraba vida. Las palabras elegidas hace unos minutos empezaban a moverse, a desdibujarse en el papel y, lentamente, les cedían su lugar a otras. Contuve mi respiración unos segundos aguardando expectante, para por fin poder leer con claridad: «Nadie lee las palabras de un muerto». Mi cuerpo se volvía pesado, mis piernas débiles. Caí de rodillas al piso y todo se volvió oscuro.

Desperté bruscamente con una angustia sin argumentos que me

impediría conciliar el sueño lo que restaba de la noche. En cuanto al mensaje descubierto en el sueño, no tenía ninguna duda que tenía que ver con unas frases que había escrito días atrás, decían algo así:

Desde tu tumba haces gestos
al cielo en busca de piedad,
pero no se busca a un muerto
que tan solo se dejó llevar.

No te ahogues sin sentido,
ya no busques gritar.
Nadie escucha a un muerto
que se entregó a la oscuridad.

***

Los humanos somos tan inconstantes como nuestro deseo, y cuando este decide jugar con nosotros, nos topamos con la desesperación. Así creo entenderlo. Cuando el objetivo no es claro, nos sentimos a la deriva, necesitamos esa zanahoria a la que perseguir, de modo contrario, parecemos quedarnos sin energía. Por momentos, nos convencemos de que el destino apunta hacia una dirección determinada, tan solo para descubrir con el tiempo que este no era más que una pantalla. Algo así como una proyección de otra cosa que entendió cómo utilizar nuestras certezas con el simple objeto de mostrarse. Darse a conocer en nuestros pensamientos. En el jardín de la desesperación descansa la desesperanza. Allí dormía por ese entonces. Bajo un cielo oscuro, buscando la luz de una estrella que conserve alguna certeza que quiera compartir. Realmente necesitaba algunas para utilizar como base, como plataforma donde apoyarme y comenzar a dar pasos seguros. En mi mente no encontraba más que preguntas y ninguna respuesta. Reproches y ningún consuelo.

Buscaba entonces la esperanza en lo banal, en lo insignificante, que tantas veces sirve de consuelo. Tal como el sujeto que se apoya en el juego, cada día con su número de la suerte, entendiendo que su destino escapa de sus manos, soportando el desconcierto gracias a la ilusión de que algún día cualquiera su situación podría rotar con la de alguien más. ¿Será el 47 el que lo salvará? «Hoy no, tal vez mañana», se convence ingenuo. Tan solo con la certeza de que sus manos, como así su espíritu, se rindieron ya ante el cansancio. Con la cabeza gacha y una confianza farsante, mañana a la misma hora, con el mismo billete y en el mismo local, volverá a esperar en el final de la fila. La angustia ganaba terreno, las cosas no marchaban bien.

Tiempo tirano, o tirano quien lo maneja. Enfría el agua del mate

mientras juega con la posición del sol. Primero acá, luego allá. Hoy presente, hoy pasado. Después de todo, viajar en el tiempo no parece una locura, con cerrar los ojos por momentos parece bastar, pero exige mucho a cambio.

Guitarra en mano, suena un tango, canta una melodía y vuelve a su guarida, pero el sol ya se escondió y es hora de cambiar la yerba. Después de todo, cualquiera puede salvarse. Junto a mí, un ratón asustado tal vez pueda encontrar resguardo, así como aquel gato tras el ala de cemento. Salvándose uno, se salva el otro también. Retomando utopías, desearía que fuese tan simple.

Los primeros mates siempre son demasiado fuertes, luego al cebar uno y otro, pierden intensidad. Mmmm, ¿a qué podría recordarme?

El tiempo, tirano, como decía, no da opciones. Corre deprisa cuando menos lo esperas, y se detiene a observar cuando preferirías seguir adelante. Terco y testarudo. Odio ciertos domingos, y este en especial parece ser eterno. El tiempo y sus malditas leyes.

Casi logro escuchar a la viejita del 4B. ¿Qué será de ella y de su maltratada flauta? Aspiraba al sonido inalcanzable, a la rima perfecta, al acorde justo, a la palabra prometida para el momento fantaseado. Siempre un poco más, ¿verdad? Siempre observándolo todo desde acá, desde esta posición, desde mi lado. Dos más dos es cuatro, ¿quién podría discutir eso? La vida pasada a matemáticas sería tan sencilla, pero la cuenta daba cuatro sin dudas. Lucía un dos indeciso y yo supe ser el dos restante. Pero acá todo es relativo y de pronto nuestros números no lograban coincidir con ese cuatro pretendido. El signo cambia constantemente. Dos signos iguales suman, dos distintos restan (matemática básica), y estos dependen de la luna, el viento, el mate, la cama y de la mano que toque esta partida.

Lucía sentada bajo su ventana leyendo; yo acostado sobre nuestra cama. Lucía sentada bajo alguna ventana leyendo; yo recostado en un colchón. Casi igual, casi perfecto. Casi.

«Lee despacio, palabra por palabra. Algo siempre se oculta en la antesala de lo sencillo», decía siempre mi padre. Algo se me escapaba, y el tiempo de a poco ganaba la pulseada. No siempre alcanza con la intención, uno necesita argumentos, y por sobre todas las cosas fuerza para ponerlos en funcionamiento. Y yo realmente estoy cansado.

***

Un viaje de ida es lo que me sugiere su caricia; una vez a bordo, no se puede volver atrás. Como algún trauma reprimido, el tiempo puede que me arrebate algunos detalles de su cara, algunas marcas de su cuerpo, pero todo aquello vivirá por siempre dentro de mí, su efecto en mí. Irreconocible, tal vez, actuando como un engaño, detrás de una careta pretenderá ser otra cosa, pero el ritmo de mi corazón siempre la reconocerá. Lo sensible de su mejilla, lo curioso de sus labios, el juego de sus dedos.

Una vez más, la había encontrado como por arte de magia. De aquel árbol en la plaza, hasta mi cama desnuda. María. La canción con la que empieza sus mañanas, ahora es nuestra, como así mis silencios al mirarla y la calma que encontramos juntos. María. Calma que se evapora cuando te apartas de mi vista y me dejas solo con mis fantasmas.

Enterramos juntos todo ayer y ahí nuestro primer problema, lo sepultado sigue allí, solo hace falta escarbar un poco para encontrarlo. Pretendimos extraviar juntos la pala y el mapa, cual fábula de fantasía, jugamos a desconocer el camino de regreso, pero mejor no arriesgar y no mirar hacia atrás, después de todo, sabíamos que estaba allí. No quiero confundir, realmente la amé y encontré en ella algo que nunca antes había visto ni en mí ni en nadie más. Es, sin duda, una mujer muy especial. Amanecer con la poesía de su beso, y así encontrarle una rima con el mío, era más de lo que podría haber pedido jamás. Qué difícil es mantener la cabeza en el presente, si hubiera sido capaz de dominar aquel arte las cosas habrían sido distintas.

Al morir sus abuelos, María heredó su departamento ubicado en la calle Laprida, entre Pacheco de Melo y Peña, a tan solo unas cuadras

de aquel diminuto departamento que compartimos con Lucía, ya hace unos años que ahora parecen siglos. Sin segundos pensamientos, acepté su propuesta de hacerlo nuestro. Un departamento realmente hermoso, ubicado en la planta baja del edificio, con una sala de estar amplia y dos baños, uno en esa misma sala y otro en nuestro dormitorio. Nos enloquecía nuestro nuevo jardín, acostumbrados a departamentos sin siquiera un balcón aquello era un lujo inimaginable para nosotros. Árboles altos y plantas ya muy crecidas, pero todo en su perfecto orden, muy prolijo. Una gran palmera justo en el centro del mismo crecía a lo alto del cielo como bandera de nuestro nuevo hogar.

«Viviría aquí por siempre», pensé apenas nos mudamos. «Por siempre», uno siempre cree que eso significa mucho tiempo.

***

El calor de aquel domingo entorpecía nuestros pensamientos, como así también las conversaciones que intentaban apaciguar lo monótono del día. Sin siquiera una brisa fresca que le dé a aquel verano una especie de recreo, uno que, estoy seguro, los dos sentíamos necesario.

Todo era caliente como el fuego, y esto nos mantenía a cierta distancia . Entre respiraciones forzadas y caricias erradas, que solo conseguían darle más importancia al sol, pasábamos como podíamos las horas del día. Ella, en días como estos, acostumbraba a reemplazar el mate con los tereres que solía prepararle su madre años atrás, en ocasiones de limón, pero sus preferidos eran los de pomelo. Los míos realmente no, prefería el mate más allá del calor, pero estaba bien. Estábamos bien, después de todo, parecía que los tiempos de calma decían presente al fin y al cabo.

Ya eran las seis de la tarde y las sombras ganaban terreno. Poco a poco, empezaron a mojar mis pies y a trepar por lo largo de mis piernas. María dormía en su reposera con el tereré entre las manos y el termo entre sus piernas. Yo aprovechaba para pensar, reconstruir en mi cabeza el camino que nos había traído hasta ese preciso instante. Parecía tan lejano todo aquello, más de un año había pasado ya desde la vez que María había aceptado mi invitación para tomar una taza de café, aquel día que la sorprendí mientras presentaba su libro. Disfrutaba de visitar aquella noche en mi cabeza, la dulce adrenalina producto de la inseguridad y del deseo en carne viva; del miedo y del vértigo que despierta la vorágine del acercamiento a una fantasía. Ella continuaba siendo eso: la materialización de un sueño. Jamás había hecho méritos para alejarse de esa etiqueta, sino todo lo contrario; día a día confirmaba con mayor autoridad su merecimiento por ocupar aquel lugar.

Ahora dormía calmada, linda, frente a mí. Mientras aquella ansiada brisa aparecía como por arte de magia para mover su pelo y hacerle cambiar su posición un poco, no lo suficiente para que derramara el agua del termo de todos modos. Casi consciente de sus movimientos aun en sus sueños. Siempre tan delicada. Detalle tras detalle. De sus labios a sus uñas, de su caminar hasta sus gestos con la mano.

Ciertos instantes parecen eternos, como si el tiempo se apiadara de nosotros y nos quisiera regalar algo de la eternidad para poder apreciar lo que tengamos que apreciar de dicha escena. El cielo se oscurecía y las sombras ya habían conquistado por completo el jardín, pero se estaba bien igual. Simple y magníficamente bien.

Como aquella noche en que nos presentamos de manera oficial, esa tarde es, hoy, uno de los momentos que más disfruto visitar.

***

Una noche, mientras dormía junto a María, sentí una vez más aquella desgarradora sensación en el pecho, pero esta vez era realmente insoportable. Me encerré en el baño, excusándome con un malestar cualquiera, ante una María prácticamente dormida que no prestó demasiada atención a mis palabras. Nunca se me cruzó por la cabeza hacerla parte de todo esto, nunca habría podido explicarle toda esa parte de mí, no la habría entendido. Lo que no se comprende se teme, yo lo sabía mejor que nadie. No podía correr riesgos. No con ella.

Apremiado por el dolor, tomé mi navaja y un trozo de madera para poder morder y atenuar mis gritos. No podía seguir, no así. No podía más con toda esa locura, con tal angustiosa sensación, con aquellos indescriptibles dolores que hacían de mi vida un infierno.

Poco a poco, corté y comencé a abrir mi pecho con la navaja. Profundo y con cuidado. Por cada centímetro recorrido con el filo del cuchillo, debía detenerme unos segundos. El dolor era realmente insoportable y mi visión se perdía entre la sangre. El mareo hacía la cirugía realmente difícil. Aquel sentir no coincidía con ningún otro experimentado anteriormente en aquella vida. Por momentos, sentí que me veía desde fuera de mi cuerpo, podía observarlo destrozándose a sí mismo, sin considerarme realmente parte de él. Aquel cuerpo ya no me pertenecía y, para ser franco, creo que no lo hacía desde hace un largo tiempo. Mi espíritu lo rechazaba y este acto era algo semejante a una revolución, a una independencia. Por fin escaparía de sus maltratos.

Por fin logré hacer suficiente espacio como para ver, por primera vez, el verdadero problema directo a los ojos. La sangre escapaba como prisionero ya de milenios. Comenzaba a perder su característico color rojo, para así transformarse en aquel líquido oscuro que ya tan

bien conocía. Me encontraba más allá del dolor, lo había trascendido, ahora lo que me invadía era otra cosa, todo se mezclaba. Aquel momento debía llegar, ahora lo veía claro, como algo inevitable. Así debía ser. Tenía que dejarlo salir todo, pero cada segundo me sentía más débil, y la hemorragia no parecía detenerse. Introduje entonces los dedos en la herida, llegado a ese punto, uno no puede retroceder, no había otra opción. Pude sentir mi corazón. Al localizarlo, filtré mi puño entero dentro de mi cuerpo y de un tirón lo arranqué de allí dentro. La tristeza pareció invadir el cuarto.

Mareado como jamás lo había estado, me di coraje y me animé para continuar, después de todo, ¿no estaba muerto ya? El corazón que sostenía en mis manos tenía casi un cuarto carcomido, podrido, descomponiéndose a una velocidad de segundo a segundo. Esto evidenciaba que parte de mí había, de hecho, muerto ya hace mucho, pero todavía había un resto sano, y este luchaba por permanecer con vida, casi como un acto reflejo de aferrarse a la vida. El cuerpo puede ser algo testarudo, pero no puede contra la decisión del alma, no importa cuánto luche contra ella. Mi única esperanza parecía ser deshacerme de la parte infectada, de otro modo, la parte que aún luchaba por vivir, terminaría de igual manera. Tonto instinto de supervivencia, tanto más fácil sería entregarse a la muerte. Darle la bienvenida con los brazos abiertos y someterse a su voluntad. Tal vez era lo que estaba haciendo, después de todo. Uno se convence de que actúa bajo la motivación de cierto objetivo cuando en realidad es otro completamente distinto (muchas veces quizás hasta el contrario) el que empuja a la acción. Ya lo decía Nietzsche: «Las representaciones mentales originadas por una determinada sensación han sido entendidas equivocadamente como causa de la misma».

Mi entusiasmo se fue perdiendo junto con la sangre, al igual que el orgullo que había nacido repentinamente en mí, y, entonces, me fui apagando poco a poco. Hundiéndome en las sombras de una historia que parecía encontrar su fin. Como el capitán se hunde con su amado barco.

Tomé entonces la navaja y corté la parte podrida. Me apuré por introducir lo que quedaba del órgano dentro de mi pecho una vez más y, antes de perder el conocimiento, envolví mi torso en una toalla e intenté interrumpir el caudal de sangre de la mejor forma posible teniendo en cuenta mi estado. Debía detener la hemorragia de alguna forma si quería tener alguna oportunidad de esquivar la muerte. Aún no me queda claro si realmente tenía esa intención. Al terminar con la tarea me dejé caer por fin, exhausto.

Me despertó una caricia en la mejilla.

—Me sorprende verte acá, Lucía —dije, aún mareado.

—¿Por qué? —respondió haciéndose la distraída como

acostumbraba a hacer, como si todo se tratase de un juego.

—Pasó ya un largo tiempo desde la última vez que te vi. No juegues conmigo. No te entiendo, ¿qué haces acá, Lucía? —insistí impaciente.

—¿No me extrañas, acaso? —preguntó con un tono que pretendía ser dulce.

—Realmente no, Lucía. Después de mucho tiempo, no extraño tus manos, tus gestos, ahora son otros los que me calman —respondí recordando a María, que aún dormía en la habitación de al lado.

—¿Lo sentís mejor que cuando lo hacías conmigo? —dijo sonriendo, provocativa, apoyando la palma de su mano en mi herida.

—Lo siento distinto, Lucía, distinto. No lo entenderías. No entiendo realmente qué buscas con todo esto. Te convertiste en veneno para mí, para mi cuerpo, me trajiste al borde de la muerte, ¿no te das cuenta? —dije con los dientes apretados. Intentaba contener la rabia y el dolor para evitar que María se despertara.

—Yo no hice absolutamente nada —susurró, sin perder nunca la sonrisa.

—Sí lo hiciste. Vos y tu indiferencia, tu frialdad, tu espontánea inexistencia. Ahora por fin estoy aliviado, feliz, llegué hasta acá por mi cuenta, no me lleves con vos. ¡Ándate, Lucía, ándate de una vez, por favor! —Aquellas palabras salieron acompañadas por unas cuantas lágrimas que hacía tiempo deseaban escapar.

—Vos me acercás, tonto.

La luz del baño poco a poco se apagaba y le daba lugar a una espesa oscuridad. La cara de Lucía, mientras tanto, se mantenía de algún modo iluminada. Por momentos, adoptaba gestos perversos, sus ojos parecían otros y sus manos, ahora frías, me agarraban la cara para suspirar algo en mi oído.

—¿Por qué me mirás así, no me reconoces, acaso? Soy tu angustia que día a día dice «presente», el coraje que ya no cabe en vos, tu desdicha y tu ilusión, tus miedos incomprendidos, tu inseguridad. Soy parte de vos, Pablo, todo lo que no pudiste albergar en tu alma. Soy una extensión de nuestro adiós. El refugio de todo lo que jamás pudiste aceptar. Tu soberbia te mató, Pablo, tu incapacidad de adoptar una nueva lectura. Para ti el cuento fue siempre el mismo y allí yo no tengo nada que ver.

—No sos más que un hermoso fantasma —dije con la energía que ya no me quedaba—, ganás tu lugar de privilegio viviendo a cuestas de mi desconcierto, pero ya es tarde para vos, Lucía, mi camino ya encontró su rumbo y no pertenecés más a esta pintura. Te despojo de todo significado, ahogada ya mi angustia en nuevas ilusiones. Encontré la valentía que perdí con vos en los golpes de este desvío, perdí mi desdicha en noches de deseo, alimenté mi confianza enfrentando tus ojos, esos que traje siempre conmigo, pero ya no,

Lucía, ya no.

—¿Entonces qué estamos haciendo acá, Pablo? —preguntó apoyando sus labios en los míos, y, como polvo que se funde con el viento, simplemente desapareció.

Me encontré de pronto en un hermoso jardín. Calmo. Amplio. Tan amplio que no llegaba a recorrerlo por completo con la mirada. Unos pocos árboles decoraban su inmensidad y el silencio lo envolvía todo. Me recosté en el pasto, clavé mi mirada en el cielo y, de esta forma, dejé pasar algunos minutos. Horas, tal vez. Sin pensamientos que atosiguen la paz que había logrado encontrar, me limité a sentir el viento y el suave sonido que este generaba en las hojas de los árboles. De pronto, sentí algo así como un pinchazo, como la picazón de una hormiga. Busqué no darle importancia en intentos frustrados de fundirme una vez más con el paisaje. Inútil, aquello ya había culminado. Aquella picazón cobraba más fuerza con el pasar de los segundos, hasta llegar a ser insoportable.

—¿Qué estamos haciendo acá, Pablo? —La voz de Lucía retumbaba una vez más en mi cabeza.

Estúpida realidad, siempre interponiéndose. Intenté rascarme, pero solo conseguí empeorar la situación. No podría describir con palabras tanto dolor. Todo parecía volver a empezar, como una pesadilla que da vueltas en círculos. Al ver mi pecho, descubrí que estaba, una vez más, cubierto de sangre. Sin embargo, no había herida aparente. ¡Déjame en paz de una vez, Lucía! ¡Déjenme en paz todos!

Retorciéndome, cual cucaracha moribunda, perdí de vista el cielo, los árboles y el viento. Cerré mis ojos entregándome a la ilusión de que todo pasaría como por arte de magia. Un grito me arrancó del sueño. Era ella. Qué lindo volver a verte, María. Qué bueno tenerte acá, amor. Su cara estaba desfigurada, castigada por las lágrimas. Sus manos oprimían mi pecho con fuerza, intentando crear una especie de torniquete para contener el arrollador paso de la sangre.

¿Cómo contener su llanto? Aquel dolía tanto más que la herida provocada. No lo merecía, no ella. Dentro de mí, despertaba una inexplicable calma, tenía en claro que debía hacerlo, no había otro camino, no estaba arrepentido realmente, tan solo cansado. Podía verla luchando por comprender, por encontrar una explicación, pero no se trataba de una pesadilla, María, ya debes saberlo.

Realmente la había amado. No pretendía separarme de ella, era tan solo una consecuencia de mis tormentos. Perdoname. Ya sé, soy un egoísta. En algún punto siempre lo fui.

—Bajá la mirada, amor, que esto no se trata de vos, da unos pasos para atrás y te darás cuenta de que el veneno que corre por mis venas precede tu compañía. Curado por el sol que compartimos, hoy mi cuerpo por fin lo rechaza, pero esta purga está siendo más dura de lo

que imaginaba —intenté explicarle mientras mis ojos permanecían aún cerrados y mi cuerpo débil buscaba el suyo, pero ¿cómo hacer que lo entendiera?—. Se ve mal, lo sé, pero no todo es tan simple, busca detrás del dolor físico que parece conquistarme. Encontrarás una genuina felicidad nacida de tu beso, sepultando por fin todo mi pasado. Siempre lo quise así y vos fuiste quien me dio la tierra, la pala y la fuerza para hacerlo, María, nunca te voy a olvidar. Mucho tiempo esperé sentado este momento, pretendiendo que el viento sea quien arrebate en su camino una respuesta, pero no era él mi salvador, no lo era y vos lo sabes bien. Mi corazón descansa limpio como nunca antes lo había hecho, y ya no me esfuerzo para sonreír. Entiendo que de esto se trata, de estos momentos, de conseguir esta sensación tan difícil de encontrar, tan perdida entre valores falsos y discursos a conveniencia. Hablo de la paz y creo que estoy cerca de ella.

Manteniendo la mirada oculta y mis dedos acariciando su brazo, le pedí que acercara sus oídos a mis labios.

—Razones de fantasía terminan con lo nuestro, pero no lloremos por lo perdido, sonriamos al recordar. Me encontraste perdido en sueños, vagando náufrago entre recuerdos y me hiciste despertar, me trajiste acá con vos y volví a nacer. Te veo, María, y es todo lo que necesito. Soltá mi mano y dejame ir, amor, no me necesitas para seguir. No soy más que un cuento que se topó con su final. Me encuentro hermosamente vacío.

Me arropó en un abrazo eterno que aún llevo conmigo. Acepté que la tinta había acabado y hasta allí había llegado mi historia. Alma de cuento y caminar de poeta, así siempre quise verme. La elección de dejar atrás mi cuerpo para renacer entre renglones. Fue así que de sus brazos escapé y en su repisa un nuevo libro apareció.

Al pasar algún tiempo, el duelo llegó a su fin, y María comenzó a escribir. Fueron meses donde no hacía más que llenar hojas y hojas de sus cuadernos con anotaciones, con frases, historias, teorías fantásticas y poemas. Finalmente su dolor se convirtió en su segundo libro, el cual no lo publicó jamás oficialmente, sino que había sido creado para ella; con el fin de ser el recipiente donde volcar lo que necesitaba volcar por fuera de ella. Hoy ese libro aún duerme en su repisa, y más allá de que prácticamente jamás lo vuelve a visitar, yo hoy tengo la oportunidad de observarla desde aquí, y volver a sonreír.

Existencia efímera

«El viento se ha quedado sin fuerzas, ya no queda nada», escuchó decir a una voz que ahora parecía esconderse entre las sombras del cuarto, pero que aún sobrevolaba una noche sin luna. No recordaba lo soñado, pero la sensación en su piel otorgaba algunas pistas. Algo mareado, con pasos torpes, se acercó hasta el cuarto de baño. La luz no funcionaba, entonces encendió una vela. En el espejo no encontraba su reflejo, tan solo la prolongación de la oscuridad. Se sintió pesado y, entregándose a los mareos, se recostó sobre el suelo. Una última ráfaga de viento consiguió infiltrarse en el departamento, evitando de alguna manera el obstáculo que le proponían las ventanas cerradas, apagó la vela y, con ella, cada uno de los sentidos. Todo fue oscuridad y silencio por algunos segundos. De pronto, la luz recobró vida e iluminó el ambiente, pero nadie estaba allí para admirarla.

Sobre el autor

Ignacio Tapia Torres, nacido en Buenos Aires, Argentina, el 18 de octubre del año 1991. Inició sus estudios en Psicología en la Universidad del Salvador en el año 2015. Tras completar dos años de carrera, interrumpió sus estudios para dedicar sus próximos años a viajar por el extranjero. En el año 2019 se reencontró con los estudios de Psicología, ahora incursionando en distintas especialidades como Biodescodificación y Coaching ontológico, como en la escritura terapéutica y la Nueva Medicina germánica. En el año 2020 lanzó su primer libro de cuentos cortos, titulado *Callejones del Sueño*, y un año después publicó su primera colección de poesías, titulada *Introspecciones para Despertar*.

Hoy, en el año 2023, desde Copenhague, Dinamarca, entrega su tercer libro, *Depuraciones*, su nueva colección de relatos fantásticos.